

RELACIÓN DE LOS ATROPELLOS DE 28 DE FEBRERO DE 1875

EN EL COLEGIO DEL SALVADOR EN BUENOS AIRES

Todo lo que en esta historia se refiera, será una simple y verídica narración de lo que sucedió en Buenos Aires en el tristemente memorable 28 de febrero de 1875. Se pone en ella únicamente lo que el mismo que por orden de los Superiores lo escribe, ha podido saber con certeza, ya porque él mismo lo ha visto con sus propios ojos, ya porque lo ha extractado fielmente de las verídicas relaciones hechas por cada uno de los individuos, que componían el personal del Colegio, en el momento de la catástrofe.

CAPÍTULO I

DESCRIPCIÓN DEL COLEGIO—CAUSAS Y PRETEXTOS DE LA PERSECUCIÓN
LO QUE PASÓ ANTES DEL ASALTO AL COLEGIO DEL SALVADOR

El Colegio del Salvador existía en Buenos Aires desde el año 1868, fundado y edificado en un principio a instancias y ruegos de muchos por parte de las principales familias de la Ciudad. Por medio de comisiones de caballeros y de señoras de la alta clase, formáronse subscripciones, con cuyo producto se compró el terreno y se construyó la primera parte del edificio, que fueron completando los Padres en los años siguientes, ya con los ahorros del Colegio, ya con dineros prestados por el Superior de la Misión, o por algunos particulares, y a veces por otras casas de esta Misión.

Ocupaba el Colegio una manzana de 140 varas por lado entre las calles Callao al Este, Río Bamba al Oeste, Tucumán al Norte y Parque al Sur. De esta manzana ocupaba el edificio más de la mitad al Este en toda su extensión, siendo lo restante huerta y jardín. Tenía el edificio cinco alas completas, cuatro de las cuales tenían tres pisos, con un mirador o galería en el cuarto piso de cien varas de longitud. En la esquina Nordeste se estaba ya concluyendo el grandioso tem-

plo del Salvador, que mide 70 varas de largo por 30 de ancho, templo que llama la atención de los peritos por su forma esbelta de tres naves, con su crucero y cúpula de más de 55 varas de alto. El crédito de que gozaba el Colegio lo manifiesta la afluencia de niños de las mejores familias de la Ciudad y aun de fuera de ella; de modo que en el curso del presente año de 1875 probablemente se hubiera tenido que añadir otro dormitorio además del que se acababa de construir para satisfacer las peticiones de tantas familias.

El personal del Colegio para el curso de 1875 era el siguiente: P. Estebán Salvadó, Rector—P. Antonio Martorell, Ministro—P. Miguel Cabeza—P. Mariano Albi, Prefecto de estudios y del Convictorio—P. Camilo M. Jordán—P. Luis Mazarraza—P. José María Torrén—P. Lorenzo Wolter—P. Raimundo Serrat—P. Matías Savels—Hermanos Estudiantes: Miguel Tugues—Miguel Codorniu—Francisco Murgadas—Alejo Torres—Mauricio Morera—Estanislao Soler—Pedro Villardell—Miguel Infante—Valentín Francolí—Hermanos Coadjutores: Antolín Arrieta—Juan Bella—Mauricio Balaguer—Antonio Binimelis—Juan Martorell—Guillermo Bode—Ignacio Rota—Antonio Piñón—José Schorro.

Se enseñaba en el Colegio, además de una clase elemental superior, todo lo que abarca el plan de estudios universitarios de los seis años de estudios preparatorios y Filosofía. Tenía un hermoso Gabinete de Física, provisto de los aparatos más modernos, para todos los tratados de la ciencia, un laboratorio de Química, una preciosa colección de más de dos mil minerales, y una colección botánica de las más completas.

Estando, pues, el Colegio en este buen predicamento y cuando todo prenunciaba un próximo curso de bienandanzas, se levantó repentinamente un huracán de humanas pasiones, que lo echó al suelo y cuya causa es preciso averiguar.

Esta causa debe atribuirse principalmente al odio que los impíos y las sectas masónicas han profesado y profesan siempre a la Iglesia y a nuestra amada Compañía de Jesús; hecho nada raro ni extraño para los hijos de esta Compañía, habiendo dicho nuestro Sumo Capitán y Maestro Jesús: *Si me persecuti sunt, et vos persecuentur*; y al mismo tiempo de grande consuelo y feliz augurio para nosotros, pues añadió la misma eterna verdad: *Beati eritis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversus vos mentientes, propter me*.

Veamos cómo llegaron los impíos y masones a causar y ejecutar tal atropello.

Tiempo había que los periódicos de Buenos Aires, casi todos anti-religiosos e impíos, gritaban desenfrenados contra el Ilmo. señor Arzobispo doctor don Federico Aneiros, porque había aceptado la diputación al Congreso Nacional. Habiendo sido elegido diputado por parte de uno de los partidos, que encarnizadamente luchaban entonces cada uno por su candidato a la Presidencia, y prestándose el Prelado con su admisión en abierta oposición con el otro partido, que sin duda era formado por la gran mayoría de los bonaerenses; de ahí provino que se enajenó el señor Arzobispo los ánimos de casi toda la población, que reprobaba continuamente al Arzobispo un paso, que él dió indudablemente con fines muy ajenos a la política, pero que nadie comprendía. En esta triste situación se hallaba el Ilmo. señor Aneiros, cuando al ver que restituía el Gobierno Nacional a los Padres Mercedarios parte de su antiguo convento, quiso aprovechar esta ocasión para realizar el sueño dorado de su predecesor el Ilmo. señor Escalada de dar la iglesia de San Ignacio a los Padres que la edificaron. Con este fin pasó una nota al Gobierno Nacional, pidiéndole trasladar a la Catedral, donde antiguamente estuvieron las Parroquias que ahora se hallaban en las iglesias de la Merced y de San Ignacio; traslación que por otra parte le estaba recomendada por el Papa en la Bula de la erección del Arzobispado del Plata. Recibido que hubo del Gobierno Nacional el Ilmo. señor Aneiros una respuesta favorable a sus deseos, por mera deferencia pasó la misma nota al Gobierno Provincial. Era a la sazón Gobernador provisorio un señor Alvaro Barros, y Ministro de Culto e Instrucción pública un señor Aristóbulo del Valle, ambas categorías de las sectas masónicas. Claro está que no consentirían tales hombres en los piadosos deseos del Prelado, y así iban dando largas al negocio, mientras que se levantó y complicó la oposición de esta manera.

A 15 de enero la masonería, ora fuese para aprovecharse de la indisposición de los ánimos contra el señor Arzobispo, y por este lado impedir que los Jesuitas fuesen a San Ignacio, ora tal vez por órdenes recibidas de las logias europeas, de las cuales dependen las de aquí; lo cierto es, que por su órgano *La Revista Masónica Americana* dió la consigna a la prensa y a todos sus adeptos para trabajar contra nosotros. «Damos por esta vez, decía en un artículo de dicho día, el grito de alarma a nuestros hermanos. Cuidado con los Jesuitas, que se relacionan con nuestras familias; cuidado con las escuelas dirigidas por Jesuitas; cuidado con el confesonario, etc.»

Efectivamente; a los pocos días rompió el fuego *La Tribuna*, di-

ciendo que una tolerancia indebida había permitido por tantos años nuestro Colegio en Buenos Aires, clamando contra tal tolerancia. Siguiéron inmediatamente todos los demás diarios poniendo el grito en el cielo contra el avance, como decían, del señor Arzobispo, y echando pestes contra el Jesuitismo y contra los Jesuitas, inventando mentiras y renovando cuanta calumnia se halla impresa y cubierta de polvo en los archivos de la impiedad. Por desgracia hicieron coro a estos clamores algunos buenos, o que son tenidos por tales, sin saber el fin de las sectas y solo llevados de cierta apariencia de bien en no consentir la traslación de su parroquia, de donde estaban ya acostumbrados por algunos años. También se asegura que el cura de San Ignacio, el cual sentía mucho salir de su iglesia, iba buscando quien impidiese que pasara adelante tal traslado. Así pues muchos feligreses de dicha parroquia hicieron una protesta, haciéndola firmar a cuantos pudieron, contra los planes del señor Arzobispo. El Exmo. Prelado, al ver esta actitud y las amenazas con que estaba concebida la protesta, publicó en dicha parroquia una Pastoral en que disolvía las dificultades que aquellos feligreses podían alegar para que no se traspasara su parroquia, y les exhortaba a la sumisa obediencia a la autoridad civil, y de la Iglesia.

Publicada esta Pastoral el 13 de febrero, inmediatamente los diarios, como toros a quienes han clavado las banderillas, gritaban furiosos y vomitaron cuanto pudieron y supieron de injurias, calumnias y desatinos contra el Arzobispo y los hijos de Loyola. Añádase a la hostilidad que hacían tantos periódicos, instrumentos de las sectas, el odio que al Colegio del Salvador tenían muchos particulares, quienes miraban con malos ojos que frecuentasen nuestras aulas muchos jóvenes de las principales familias de Buenos Aires, que por la educación religiosa que recibían se negarían a secundar los deseos de las sectas y sus miras antirreligiosas, como ya con algunos les había sucedido.

El Club Universitario, formado por algunos jóvenes, que seguían o habían seguido carrera literaria y reconocidos, según hemos oído decir a los mismos estudiantes, por la hez de la Universidad, convocó para un meeting, que debía tener lugar el domingo 21 de febrero, a todas las sectas y demás clubs impíos, con el fin de protestar públicamente contra la Pastoral del señor Arzobispo. Por aquel tiempo se hallaba la ciudad en estado de sitio desde la revolución que estalló a fines del mes de septiembre del 74, con motivo de la elección del nuevo Presidente de la República Argentina, y así no pudieron tener aquella reunión.

El 24 de febrero terminó el estado de sitio, y diéronse la cita las logias y clubs antirreligiosos para el 28 de febrero, mientras que por aquellos días una comisión iba recolectando dinero y firmas para echar a los Jesuítas de Buenos Aires. Además de estos hechos prenunciaban una terrible persecución.

Don Antonio Acebedo, que tenía un hijo en nuestro Colegio, había avisado al P. Albi ya algunos días antes del 28, de que todos los días se reunían en la calle de Santa Fe en casa de un señor Storci, italiano, multitud de hombres del pueblo al parecer también italianos, quienes después de haber permanecido una o dos horas en dicha casa, salían en tropel muy agitados y algunas veces con banderas desplegadas y dando voces contrarias al orden, y de amenaza contra nosotros; de todo lo cual habló el P. Albi con los demás Padres.

Unos diez días antes recibió el R. P. Rector aviso, de un antiguo discípulo nuestro de Santa Fe, de que varios estudiantes de la Universidad, se comprometían con juramento a incendiar nuestro Colegio. Pero no le pareció cosa creíble ni de consecuencia; lo comunicó sin embargo a algunas personas que lo tomaron a risa.

No dejaron los Superiores de manifestar temores de algún insulto, pero nunca de la barbarie que presencié Buenos Aires. Porque si bien alarmaban los ánimos en sumo grado aquellos datos, los calmaban otros hechos que, si no los tranquilizaban del todo, a lo menos no dejaban temer más que gritos y tal vez pedradas desde la calle por algunas turbas fanatizadas, que tenían que ser disueltas por la autoridad.

En primer lugar muchas personas de posición y de la misma autoridad, consultadas expresamente por los Superiores, creían que la impía propaganda y prédica insensata de la prensa liberal, no era un ataque especial contra los Jesuítas y menos contra el Colegio; sino que todo se dirigía contra el señor Arzobispo. Este mismo tranquilizó los temores que le manifestaron los Padres Superior y Rector, al despedirse aquel, algunos días antes para Santa Fe. Y el mismo Luis Varela, uno de los que más furiosa y hostilmente contra nosotros hablaba por la prensa, aseguró al doctor Castillo, amigo nuestro, que él quería atacar únicamente al señor Arzobispo, y que nada tenía contra los Padres Jesuítas.

Por otra parte todos los días se pedía la colocación de nuevos niños en el Colegio. Los alumnos y las familias que tenían en él sus hijos, acudían al Colegio en los últimos días hasta en el mismo 28, arreglando los muebles para el ingreso que debía efectuarse el día siguiente.

Tantas familias de todos colores y partidos que podían saber mejor que nosotros lo que había que temer, las cuales se mostraban tan tranquilas hasta el último momento, no podían menos de inspirarnos la misma seguridad.

Además personas amigas ofrecieron avisarnos de lo que ocurriera. El señor don José Gabriel García Zúñiga, presbítero, estuvo en el Colegio el 27 por la noche a avisar al P. Rector, que en la conferencia que acababa de tener por encargo del señor Arzobispo con el Gobierno de la Provincia éste le había prometido que *no habría desorden alguno, y que haría todo lo posible para impedir el meeting*, encargándole que así lo comunicase al señor Arzobispo y a nosotros.

En vista de todo esto, y al leer en las invitaciones para el meeting, que se trataba de una *manifestación pacífica*, ¿quién hubiera temido lo que sucedió?

A pesar de todo, como ya dije, no estaban tranquilos los ánimos de los nuestros, y mucho menos de los Superiores. Tanto el R. P. Superior antes de su partida para Santa Fe, que verificó el 19 de febrero, como el P. Rector, visitaron personalmente a varias personas de autoridad; tanto para aconsejarse y averiguar lo que podía temerse, como también para prevenir e impedir con su influjo lo que se pudiese. Con este fin visitaron entre otros al señor Ministro del Interior, doctor don Simón de Iriondo; al Vicepresidente de la República, don Mariano Acosta; al Presidente del Senado, doctor don Miguel Navarro Viola; todos amigos nuestros; para que influyeran en los ánimos de otros. Todos ellos aseguraban que nada había que temer. El P. Rector, si bien exteriormente mostraba tranquilidad y confianza, pero no dejaba de informarse de cuantas personas iban al Colegio, las cuales le tranquilizaban continuamente.

Llegado el 28, por la mañana hizo llamar a un amigo para que le diese cuenta de lo que pasaba. Vino poco después de mediodía, alarmado por los grupos que ya recorrían la ciudad con músicas y banderas y dando gritos de muera a los Jesuitas. Por aquel mismo tiempo el H. Portero recibió a una señora que fué agitada a la portería gritando que corrían ya muchas turbas con banderas, donde se leían estas inscripciones: *Abajo los Jesuitas*, etc. Inmediatamente el R. P. Rector, reuniendo por tercera vez a los Padres Consultores, escribió una nota al señor Presidente doctor Avellaneda, exponiéndole que en vista de lo que estaba pasando, se veía en la imprescindible urgencia de acudir a él y pedirle garantías. Esta nota, como veremos más adelante, no se abrió hasta las cuatro de la tarde.

Otras señoras fueron al Colegio confirmando lo que ya otras primeras habían dicho, y entre ellas la señora doña Magdalena Fonseca como a las dos de la tarde envió su sirvienta. A la misma hora vino el profesor de Francés, Mr. Klein, quien estaba con deseos de acompañar al P. Albi aquella hora en que suponía habíamos de hallarnos atribulados. Poco tiempo después vino doña Josefa Navarro Viola pidiendo hablar a algún Padre, mas el H. Portero, a fin de que no se hallase en casa ninguna señora si llegasen a venir las turbas, la despidió rogando a esta señora, sumamente afecta a nuestra Compañía, que se apresurase a avisar a las vecinas familias conocidas, que tuviesen sus puertas abiertas, para no tenerse que aguardar los Padres en la calle, en el caso que fuese asaltado el Colegio. De estos últimos avisos no tuvo noticia el R. P. Rector.

Tales mensajes aumentaban el temor del que los sabía, como también esta circunstancia en que se fijaron algunos Padres; y es que el domingo 28 por la mañana, no entraban los hombres en la capilla para oír la santa Misa, en el número que solían venir otras veces; de suerte que en la Misa de las doce, hubo muy poca asistencia; cuando generalmente la capilla solía llenarse en esta hora los domingos anteriores.

Mientras tanto veamos lo que hicieron en la ciudad los clubs y las turbas atizadas por la prensa liberal, que en este triste día, tenía que dar feliz coronamiento a la campaña abierta desde muchos días antes, contra los Jesuitas.

Desde la mañana empezaron a correr algunas calles de la ciudad algunos grupos con música y algazara enarbolando banderas desplegadas con estas inscripciones:

Club Central. — Protestamos contra las pretensiones del señor Arzobispo. — Abajo los Jesuitas! Estado libre — Iglesia libre — Libertad de conciencia. — Club Clemente XIV. Parroquia del Pilar. ¡Abajo el Jesuitismo! Separación de la Iglesia y del Estado. Libertad de cultos. — Club Alsina, etc. No queremos el Jesuitismo. Protestamos. Abajo.

A la una de la tarde se reunieron en el teatro de Variedades, según afirman varios periódicos, el Club Universitario y otros centros de oposición que aquel había invitado. Refiérese que antes de la hora designada estaba ya lleno el recinto del teatro, cuando llegaron a él las comisiones, que se decían representar a los vecinos de varios barrios de la Ciudad y campaña precedidas por las bandas de música y banderas de diversas nacionalidades con las inscripciones de que se

hizo mención. Según dice *La Nación* tomó el primero la palabra un tal señor Beracoechea, presidente del Club Universitario, observando entre otras cosas, que aquella manifestación era la reprobación más clara de cuanto se relacione con el universalmente odiado Jesuitismo; y concluyó por demostrar que aquella reunión era de *carácter puramente pacífico* y sin más objeto que preparar la solemne protesta, decía, que debía ser presentada al Soberano Congreso.

Se leyó una contra-Pastoral a la del señor Arzobispo, escrita por el doctor Luis Varela, que era como un resumen de los hechos atroces que suelen imputar sin rebozo ni prueba alguna a los miembros de la Compañía de Jesús; y fué oída con entusiasmo, comprometiéndose a firmarla muchos de los reunidos, entre los cuales circuló con profusión.

Allí pronunciaron furibundos discursos contra nosotros varios jefes de clubs o sectas; entre ellos un tal Castro Boedo, clérigo apóstata, que hace tiempo estaba predicando todos los domingos en un templo protestante con la ridícula pretensión de fundar una nueva Iglesia Americana. Este infeliz que desde su apostasía no había cesado de declamar contra el Papa y los Obispos católicos, y especialmente contra el Jesuitismo, esta vez lo hizo con tal furor que hizo trocar en frenesí el entusiasmo de sus oyentes, según refiere el diario.

La reunión permaneció como una hora en el teatro, al cabo de la cual se dirigió a la plaza de la Victoria a los gritos de *abajo los Jesuitas*. Llegados a ella, los jóvenes que encabezaban la reunión la declararon disuelta, mientras que algunos grupos se dirigieron frenéticos al Palacio Arzobispal, donde pretendieron entrar.

Tenía por aquel tiempo el supremo mando en la policía un señor don Enrique Moreno, quien aquella tarde se manifestó poco amante del orden o nada enérgico. Acompañado de varios comisarios, oficiales y vigilantes de Policía se dirigió al Palacio, colocándose en la puerta para impedir la entrada. Como aumentasen los gritos y las vociferaciones, llegó una compañía del batallón de vigilantes, la que fué colocada frente al Palacio. A pesar de todo esto, solo cuando una lluvia de piedras y barro contestó al silencio que el jefe de Policía quería imponer al pueblo para dirigirle la palabra, amenazó hacerle fuego. Con esto se retiraron los manifestantes; mas luego a los gritos de *afuera la policía! Abajo los Jesuitas*, avanzaron con más ímpetu hacia el Palacio, siendo arrollado el mismo jefe de Policía hasta el último patio del Palacio por aquella furiosa turba que no fué resistida suficientemente. Entonces pudo hablar el jefe; lo que hizo en

estos términos: «Soy de vuestras mismas ideas y participo de vuestros sentimientos, pero condeno altamente el proceder de atacar la propiedad y como representante de la autoridad no puedo permitir ningún desorden; pido se disuelva la reunión». No puso por obra su amenaza a pesar de rebelársele la muchedumbre que más exaltada aún se avalanzó al Palacio, teniendo algunos comisarios que luchar a brazo partido.

«¿Cómo hacer fuego, decía después el jefe, al pueblo? El Gobernador no me dió orden para ello; y a haberlo ejecutado tendríamos hoy que lamentar varias víctimas». Todo esto se explica, constando como públicamente se sabe, que Gobernador y jefe de Policía eran masones y altos dignatarios en la masonería; que el primero había salido al campo aquel domingo en que sabía iban a tener lugar desórdenes nunca vistos.

La fuerza y la licencia quedó pues en manos del populacho frenético; y no es extraño que el derecho de propiedad, la libertad de enseñanza, el hogar doméstico y el templo, sufrieron aquella tarde los más fuertes golpes de muerte habiendo quedado impunes y libres y aun autorizados todos los impíos y bandidos.

Apenas llegados al Palacio Arzobispal muchos de los que formaban parte del tumulto, se encaramaron en las ventanas, otros empezaron a dar gritos desaforados de *¡muera el Arzobispo! ¡muera los Jesuitas!* Recelando que adentro hubiese gente armada, los manifestantes permanecieron indecisos sin resolverse a pasar las abiertas puertas de la Curia. Después de algunos momentos de vacilación, uno que hacía flamear la bandera española, traspasó el umbral y fué seguido por la turba. En este momento se presenta un caballero, y trata de disuadirles del intento, sin obtener resultado. Apenas en el patio, derriban las plantas del jardín, rompen los cristales de las ventanas fuerzan las puertas del comedor, destrozan la vajilla y en nombre de la libertad de conciencia libertan los cubiertos de la tiranía del Arzobispo. Después de un rato de destrozos y gritos horribles salen a la calle, arriman una escalera a la puerta principal y derriban el escudo argentino, que recogido por algunos jóvenes fué llevado a la Policía. Allí se oyeron estas voces: *En nombre de la gloriosa bandera argentina, en nombre del progreso y civilización del siglo XIX, ¡abajo los Jesuitas! Para que no se ponga rémora a nuestros pensamientos, ¡abajo el Jesuitismo!*

El grito de *¡al Colegio del Salvador!* separó del Palacio Arzobispal aquellas turbas sedientas de destrucción y venganza, que fueron al

templo de San Ignacio, en donde penetraron por la puerta del claustro, rompiendo faroles, sillas, bancos y cuanto encontraban al paso. Asimismo fueron otras turbas al Convento de Santo Domingo y de San Francisco, donde golpearon las puertas, rompieron los vidrios, entre gritos de confusión y exterminio.

Pero el teatro principal donde se perpetraron los mayores crímenes y sacrilegios fué nuestro Colegio del Salvador. Los religiosos que en él nos hallábamos, ignorando lo que pasaba en el Palacio Arzobispal, no temíamos, como se dijo, más que insultos y pedradas. Así fué que permanecíamos quietos sin mayor temor ocupados en nuestras distribuciones ordinarias; pero nos engañamos.

CAPÍTULO II

TUMULTUOSO Y VIOLENTO ASALTO AL COLEGIO

Como a las tres y cuarto, la mayor parte de los Padres y Hermanos rezaban o iban a rezar, unos el Breviario y otros el Rosario, cuando oímos una espantosa y descompasada gritería de *abajo y mueran los Jesuitas*. Era la numerosa turba que furiosa, frenética y volando se dirigió a nuestro Colegio, capitaneada por algunos que, montados a caballo, llevaban izadas banderas argentinas, italianas, españolas y otras blancas con las inscripciones que dijimos. Apenas llegadas aquellas hordas salvajes a nuestro Colegio, llovió sobre nuestros vidrios y ventanas un diluvio de proyectiles, mientras algunos más desenfrenados forzaban a golpes y hachazos la puerta principal, que acababa de cerrar el H. Portero, quien al oír aquella infernal vocería, habiendo también cerrado la puerta del zaguán, corrió a avisar de lo que pasaba a los Hermanos Coadjutores que estaban rezando en el refectorio. A los Padres no les dió aviso, porque ya habían salido de sus aposentos y corrían por la casa azorados.

El P. Rector, al oír el asalto, entró en la Capilla para rogar al Altísimo; mas hincado apenas, le obligaron a levantarse y salir de ella muchas piedras que entraban con furia por los agujeros que abrían en los postigos de las ventanas. Los demás Padres estaban en el ala del edificio que mira al Callao al oír las piedras e infernal clamoreo de la multitud que llenaba aquella calle, salieron de sus aposentos con la presteza que pudieron y se fueron hacia el interior del edificio. Se encontraron la mayor parte de los Padres y Hermanos en el plano de la escalera, de los alumnos, en el primer piso y frente al dormitorio

de la cuarta división. Desde el portón de hierro que daba al patio del Norte, viendo la chusma que gritaba desde la calle, y asaltaba la muralla del patio, arrojando piedras y ladrillos, se decían mutuamente: ¿qué hacemos? ya están aquí; y preguntaban todos por el P. Rector. Al instante bajó el P. Albi en busca de éste, a quien encontró cerca de la escalera, y se juntó con él. Al llegar allí recibió una trisísima impresión al ver al señor Da-Rocha, exvicecónsul del Brasil, el cual con su señora estaba arreglando la alcoba del niño que ponían en el Colegio, y estaba también con ellos.

Entre tanto, ya algunos de los asaltantes habían penetrado en el Colegio del modo siguiente: Uno más atrevido que hacía flamear la bandera argentina, subió con insolente intrepidez la tapia que va desde la capilla a la iglesia nueva. Permaneció algún tiempo indeciso sobre la muralla, clavó la bandera, y medio agachado iba arrancando los ladrillos que enviaba con furor a las ventanas donde asomaban algunos de los nuestros. Aplaudido e incitado por las turbas que con horripilante clamoreo le gritaba *jadelante!* saltó la tapia. Una vez en el patio dió una mirada vaga y espantosa a su alrededor, y temiendo no sé qué al verse solo, volvió a subir la tapia que había saltado, sobre la cual se encontró ya con tres que siguieron su ejemplo. Animado con tales compañeros, bajó con ellos al pequeño atrio de la capilla. Abrió la puerta que separaba de la calle dicho atrio, en el que entró una multitud furiosa y con seis o siete banderas, los cuales forzaron la puerta de la capilla adonde penetraron y cometieron los horribles estragos y sacrilegios que contaremos. Embistieron con igual furor una puerta del mismo atrio que daba al patio, hendida la cual, ocupó dicho patio otra horda salvaje, que repartía piedras y ladrillos por todas las ventanas. En esto entraron dos policiales en el mismo patio, y las turbas, temerosas, despejaron algo aquel sitio, saliendo muchos a la calle. Mas viendo que los policiales nada hacían, volvieron a entrar en mayor número, y con nuevo furor, y cual torrente que se desborda, invadió aquella multitud, arrebatada de la sed de destrucción y saqueo, las clases y el salón de estudios que daban en el patio, donde los alumnos de la tercera y cuarta División tenían tres meses antes su inocente recreo.

El P. Rector que no había visto esta escena, consternado con tanto estruendo, y sin saber que ya estaba dentro la turba, preguntado por los demás Padres y Hermanos que con él estaban: «¿Qué hacemos, Padre?»; contestó: «¿Qué hemos de hacer?...» Nadie respondió, y muchos con él fueron replegándose hacia el Sur del Colegio, en el

corredorcito, al cual daban los aposentos de los maestros, varios de los cuales aguardaban allí consternados como todos. Reunidos aquí la mayor parte de los Padres y Hermanos, algunos de ellos, como el P. Jordán, P. Serrat y los Hermanos Tugues, Codorníu, Soler y Francolí, propusieron al P. Rector hacer algún voto a San José; a lo que contestó el P. Rector: «Sí, hijos, yo ya le había prometido una novena de comunidad»; y como insinuasen algunos que además podría prometérselo consagrarle el Colegio, todos aceptaron inmediatamente; y confiados en la protección del Santo, volvieron por el mismo corredor en dirección al centro del Colegio. Mientras todavía estaban hablando y haciendo la dicha promesa, el P. Albi que les vió agrupados, desde el extremo Oeste de dicho corredor, les gritó: «Ya han entrado. Vamos a la huerta».

En aquel momento la chusma que llenaba la calle del Callao, a fuerza de los horrorosos y continuados golpes y hachazos, acababa de abrir una brecha en la puerta principal. El P. Rector, que desde el corredor de los maestros había vuelto a la escalera central, vió desde allí cómo entraban por dicha brecha los que llevaban banderas; que fueron seguidos de otras turbas que penetraron en la sacristía, sala de visitas y corredor del ala Oeste, donde estaban las clases, rompiendo y destrozando cuanto encontraban, infundiendo el terror y espanto en todas partes.

Creciendo por momentos el estruendo, la desolación y el asalto en el entresuelo, y cuando las turbas fanatizadas corrían ya a la escalera del primer piso, no nos quedaba otro remedio que huir a la huerta por la enfermería que estaba en el ángulo opuesto. Entre tanto se asomaron el P. Albi y P. Martorell a la ventana que daba a la calle del Parque, la que vieron todavía despejada, y en ella a un policial que era simple espectador. Gritáronle: «nos están asaltando la casa»; mas él, según las órdenes que parece habían recibido, no hizo caso alguno. Así pues el P. Albi, después de haber gritado a los nuestros: «¡por la enfermería!», siguió detrás de ellos, precipitándose como diez y ocho o veinte por la escalerilla de mano recién construída para bajar de la enfermería a la cocina (escalera que la Providencia deparó para este trance terrible, pues apenas sirvió para otra cosa).

El señor Da-Rocha permaneció en el mismo plano de la escalera principal, esperando a las turbas, habiendo antes encerrado a su señora y niño en un camarote de los que tenían persianas y puerta. Allí parece que pudo conseguir de los jefes del tumulto que le acompañasen con la señora y niño, defendiendo sus vidas después de muchos

sobresaltos. El H. Morera, que por indicación del P. Albi se había quedado en el dormitorio para hacerles compañía, permaneció solo y oculto en un camarote, mientras que el P. Cabeza y los Hermanos Torres, Vilardell y Schorro subieron al mirador, con la falsa creencia de que llegaría a tiempo la autoridad, y el P. Mazarrasa, que apenas se podía mover por su adelantada enfermedad, ofrecía a Dios su vida encerrado en su aposento, y mientras el H. Antonio, débil anciano, interrumpido su breve descanso por el estruendo, corría por el corredor de los Padres y escalera de mármol, dirigiéndose a la portería.

El H. Portero, después de haber ido cerrando puertas y ventanas, como lo hicieron otros Hermanos exponiendo sus vidas, y de haber entrado en la capilla de los niños en busca del P. Rector, como no le encontrase volvió a salir al patio interior que encontró muy lleno de gente soez y frenética que gritaba: «Aquí hay uno». Díjoles él con una serenidad que sólo Dios podía darle en tales circunstancias: «¿Qué quieren ustedes? Aquí estoy; tanta bulla y tanta gente para un solo hombre»; y conociendo a un tal Machali, alumno que había sido de nuestro Colegio: «¿Usted también por aquí, señor Machali?» Tiráronle entonces algunas piedras; mas él evadióse hacia el comedor de los niños, que estaba en el ala Sur del Colegio, y llegado cerca del refectorio de los Padres, se encontró con otra turba numerosa que le atajaba el paso. Pudo con trabajo entrar en el corredorcito nuevo, que iba desde el comedor a la cocina y huerta, y cerrar la puerta que ponía en comunicación el último brazo nuevo, con el comedor de los niños. Sin esa precaución no habría habido salida para ninguno de nosotros. Porque los asaltantes forzaban y trataban de derribar esta puerta, a cuyo pie llegaba la escalerilla de la enfermería, en el momento crítico en el que la mayor parte de los Padres y Hermanos se precipitaban por ella, como dijimos, y detrás de los cuales bajaba también el P. Rector. Atraviesan volando el corredorcito que llevaba a la huerta, llegados a la cual, el P. Albi pide a gritos la llave de la puerta excusada que daba a la calle del Parque, para fugarnos por ella y refugiarnos en alguna casa vecina. La llave no se encuentra. El P. Albi dió entonces el grito de: «a la carpintería», y corrimos todos a la carpintería, sita al extremo Oeste de la huerta, para saltar por las tapias de la calle Río Bamba, lo que hicieron algunos, como veremos en el capítulo siguiente.

Los Padres Rector y Ministro iban detrás de los demás Padres y Hermanos, corriendo también, cuando andados apenas veinte pasos

oyeron que la turba llegaba a la puerta de la huerta, y que gritaban: *jallá van!* Entonces el P. Rector creyó prudente detenerse y volver hacia los asaltantes para impedir que disparasen algún tiro a los que huían, y dando tiempo a que se salvaran saltando la tapia los que pudiesen. Volvióse pues hacia las turbas, juntándose luego el P. Albi, que andaba todavía allí cerca, por causa de la llave que buscaba, y seguido inmediatamente del P. Ministro, que por otra vereda se dirigía también a la carpintería.

Al llegar el P. Rector donde estaban los primeros asaltantes, que era a la entrada de la huerta, les dirigió la palabra, amonestándoles con gran mansedumbre e interrogándoles por qué cometían aquel atropello; que si pretendían algo en nombre del pueblo, debían nombrar una comisión, formular su petición y conferenciar pacíficamente. En ese mismo sentido les habló el P. Albi. Apenas les oían unos cuantos que estaban cerca de ellos, pues toda la casa estaba ya invadida, y era tal el estruendo de muebles y vidrios rotos, que más bien parecía aquello un huracán que echase la casa al suelo, que una invasión de seres racionales. Algunos de ellos trataron entonces de poner orden y pedir calma. Pero ya no era tiempo; los mueras, la vocería, los golpes de todas las ventanas, puertas y vidrios por una parte; y los ahullidos de muchos que clamaban por los frailes, por los Jesuítas, para degollarles, por otra, ahogaron las voces y deseos de los pocos que se espantaban de la obra de sus manos cuando ya era tarde. Con todo, les prometían salvar las vidas y les acompañaban hacia el interior del edificio, llegando hasta el patio interior, al cual daban algunos aposentos de los Padres, la capilla y comedor de los niños.

Aquí se les presentó ante sus ojos el horrible espectáculo de una inmensa chusma, que arrebatada en delirios de furor, robaba y destruía cuanto hallaba. Unos rompían puertas y ventanas, otros saqueaban los cuartos del R. P. Superior, Rector, Procurador, etc., y el comedor de los niños; rompiendo y destruyendo los cuadros y lámparas y cuanto podían. El cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, que estaba en un extremo de dicho comedor, lo colgaron de los hierros de una ventana, y con impiedad inaudita y crueldad satánica lo apedrearón hasta hacerlo añicos. Otros andaban corriendo por el patio con lanzas y banderas desplegadas, algunas de las cuales habían sacado de las clases, dando gritos de *abajo y mueran los Jesuítas*. Casi por todas las sesenta y seis ventanas que daban a este patio, asomaban cabezas y brazos, gesticulando, rompiendo vidrios y postigos, vociferando todos en infernal confusión.

Desde que entró en dicho patio el P. Albi, se puso a hablar con un oficial que les acompañaba, el cual se le dió a conocer por un tal Lamas, cuya familia cordobesa había él conocido por tener un hijo en nuestro Colegio. Conversaban pues como conocidos; mas aquel hombre al parecer no muy en sí, se puso un sombrero de teja que acababan de tirar a sus pies. Quitóselo el Padre de la cabeza diciendo: «no es este tiempo de burlas». Entre tanto se agrupaban a ellos muchos de la turba, a las cuales quería el Padre hablar, pero no podía ser entendido, según era infernal la confusión y alboroto que allí reinaba, y que en vano trataba de dominar con voces y palmadas. Viendo en el ínterin al H. Antonio Piñón, anciano sin fuerzas, cerca de la puerta del comedor de los niños, dijo el Padre a aquellos foragidos: «¿Qué van a hacer a este pobre viejo?» Inducidos a alguna humanidad, le acompañaron hasta la calle por el comedor de los niños y le salvaron, como veremos.

Se encontraron pues en el patio interior, rodeados por la chusma, los Padres Rector, Ministro y Albi por largo rato, y más tarde además el P. Serrat, el cual, con los tres primeros vió el saqueo que sufrían los aposentos, y cómo se llevaban objetos sagrados de la capilla de los niños a la calle, para cebar la grande hoguera que habían encendido frente a la puerta del Colegio. El P. Rector, en vista del escrutinio y destrucción que sufría el archivo de la Misión, el cual estaba en el aposento del R. P. Superior, no pudo menos de decir a los saqueadores: «Respeten a lo menos estos manuscritos, que de nada les servirán a ustedes». En medio de tantos destrozos y peligros, instaban los Padres para que les sacasen de allí y les salvaran la vida, como prometían; pero lo cierto es que se detenían ante los clamores de unos y las amenazas de otros que se les echaban encima, y no sólo no podían o no se atrevían a llevarlos, sino que con trabajo les defendían allí mismo. Tan difícil es calmar a las turbas, cuando se las ha irritado.

Pasados algunos minutos en esta terrible lucha, en que los prisioneros tuvieron que oír y presenciar sendos y groseros insultos, vino uno de la turba anunciando que un Jesuíta había asesinado a uno de los manifestantes. Al oír esto creció la furia hasta tal punto, que aun los dos o tres que se ofrecieron defenderlos, se disponían a ultimarles allí, haciéndoles pedazos, como gritaban los demás. Trabajo costó al P. Rector el contenerlos diciéndoles con energía, que primero debía consignarse la verdad del hecho, y luego averiguar quién fuese el autor, que hasta que constasen, no debía darse crédito a la voz de uno

que podía haber propalado aquella voz para azuzar al populacho contra ellos. El P. Albi negó el hecho y aseguró ser imposible; porque no teníamos armas, y además porque habiendo sucedido lo que se decía, arriba, mal lo podía haber hecho ninguno de los nuestros, que se hallaban y salían por la huerta, como había visto el oficial Lamas. Medio calmados con esto los asaltantes, aunque nada dispuestos a perdonarles, se acercó un negro con un corte en el brazo y chorreando sangre a mostrarlo al jefe que el P. Albi tenía a su lado, señalando como autores de aquellas heridas a los Padres, cuando un segundo confirmó la noticia de que arriba había *un ciudadano muerto*, diciendo que él acababa de bajar del primer piso donde estaba el cadáver con el vientre abierto, y pidiendo por lo tanto la muerte de los Jesuitas.

Uno de los bandidos, hombre sin entrañas, que sólo estaba junto a los cuatro Padres para tener segura la presa e inspeccionar si se cumplían las órdenes dadas a aquellas hordas, respondió que si aquello era cierto, morirían los Padres Jesuitas. Estos creyeron entonces llegado su último momento. Gritos de muerte y exterminio partían de todas partes. Con todo, el P. Albi, con mucha serenidad y grande valor, se ofreció a ir con uno de los tumultuosos al lugar donde decían hallarse el muerto, dispuesto a que vengasen con su vida la del asesinado, si uno de los nuestros le hubiese ultimado. He aquí cómo lo cuenta el mismo Padre: «No pudiendo convencerme que fuese verdad el asesinato (pues por una parte sabía de cierto que ninguno de los nuestros estaba en disposición de oponer tal resistencia, y por otra, no creía que ellos se hubiesen peleado entre sí), pues les veíamos con mucho orden para la devastación; en medio de tanto desorden, determiné cerciorarme por mis propios ojos, y al efecto acompañado del oficial Lamas, seguí al último que había venido a dar la noticia. Al pasar por el corredor del piso bajo, vi el destrozo que hacían en las clases. Tanto este corredor como su correspondiente en el primer piso y las escaleras se hallaban atestadas de gente; de suerte que me parecía imposible no cediese la escalera central a tanto peso. Yo, con trabajo, pasé siguiendo al susodicho oficial, que iba abriendo paso y llamaba la atención de vez en cuando dando vivas a la República Argentina. Al pasar por el dormitorio de la cuarta División, vi salir a algunos con almohadas nuevas de los niños, y vi destrozar las máquinas y armarios del gabinete de Física. Entonces me quejé a los que estaban delante de mí, de que se hiciera tanto daño con objetos tan preciosos. Algunos de ellos se volvieron a mí, dirigiéndome las puntas de las banderas y gritos de muerte. Salvo en medio de tantos

peligros, llegué finalmente a la enfermería, y junto a la escalera excusada, que nos había servido para bajar a la huerta, encontré efectivamente el cadáver de un joven, al parecer de veintidós años, en cuyo pecho que tenía descubierto y junto al corazón se veía una profunda herida. Alrededor de él se encontraban varios hombres, uno de los cuales de peor catadura, tenía en la mano un puñal que parecía ser el mismo que había abierto tal herida por el tamaño y configuración de uno y otra. Mientras observaba el cadáver, oí a varios que pedían mi muerte, diciendo que nosotros le habíamos asesinado. En aquel instante me di por muerto; mucho más, al oír la imprecación que me echó el que blandía aquel puñal. No hice caso a estas amenazas, y seguí observando algunos momentos más aquel cuadro, diciendo que era preciso averiguar quién había sido el autor de aquel atentado. Dicho esto, me volví por el mismo corredor por donde había venido, teniendo que abrirme paso con mis propias manos por entre la multitud que estaba apiñada; muchos se dirigieron hacia mí hostilmente, causándome varias contusiones; y al bajar la escalera del Convictorio recibí una herida grave en la cabeza, de la cual me manó mucha sangre hasta cubrirme el rostro. Al llegar al fin de las escaleras, me abandonó el oficial que hasta entonces había ido junto a mí.»

Libre el P. Albi por especial providencia de Dios de tantos riesgos y enemigos, entró en la sala de recibo, donde no halló más que unos cuantos bandidos que acababan de destruir los pocos muebles que habían allí quedado, quienes hicieron salir al Padre, de la manera que en el siguiente capítulo contaremos.

CAPÍTULO III

• CÓMO SE SALVÓ CADA UNO DE LOS PADRES Y HERMANOS
QUE EN EL COLEGIO SE HALLABAN EN LA TRISTE TARDE DEL 28,
• Y DÓNDE SE REFUGIARON AL SALIR DE CASA

Como quedó referido, hicieron el P. Rector y demás Padres y Hermanos que en el corredor de los Maestros con él se hallaron, la promesa de ofrecer una novena y consagrar el Colegio a San José si se dignaba librarles de aquel peligro, y conservar la vida a todos. Oyó el glorioso Patriarca nuestras preces, y por intercesión del Santo, la Providencia que siempre vela por sus hijos y que no permite caiga un solo cabello de nuestra cabeza sin su voluntad, nos libró a todos milagrosamente, y si bien permitió para sus altos fines que

se casi todo el Colegio convertido en pavesas, nos sacó a todos vivos y a la mayor parte ilesos, de entre aquellas hordas, que pedían la muerte y exterminio de todos nosotros. De todos los veintiocho que estábamos en el Colegio aquella misma tarde tristísima, mientras quedaban en el mirador el P. Cabeza y los Hermanos Torres, Villardell y Schorro; en su aposento el P. Mazarraza, en el dormitorio el H. Morera, el H. Binimelis en la ropería, y sentado en la escalera de la enfermería el H. Piñon; los veinte restantes, como queda dicho, fueron más que de prisa a la huerta para escapar por allí impunemente. Veamos cómo les salvó Dios a todos providencialmente, empezando por los que salieron primero.

I. De los que saltaron por la tapia de Río Bamba

Llegados como doce a la carpintería (extremo Oeste de la huerta) y habiendo el H. Rota aplicado una escalera de mano que tenía en la carpintería a la tapia, subieron algunos y no atreviéndose a saltar a la calle por temor de que hubiese quienes acelerasen su muerte, se detuvieron, quedando solo encima el H. Martorell, quien viendo aquella calle despejada, se descolgó. Siguió su ejemplo el P. Jordán, el cual acosado por el mismo temor preguntó, parado sobre la escalera, más con el gesto que con la voz: «¿puedo bajar?» Pues vió multitud de gente que doblaba la esquina, donde la calle Río Bamba encuentra la del Parque, gente que por de pronto no distingue si son curiosos o asaltantes. Nada le contestaron, y cerciorado así de que no se las había por lo menos con asesinos, se lanza de la tapia abajo, seguido de los Hermanos Codorniu, Soler, Bode, Balaguer y Miguel Tugues. Este último se refugió en la casa de la señora madre del doctor Castillo, llamado por ella misma, mientras que los seis primeros se dirigieron a la casa de enfrente, cuya puerta vieron abierta, a instancia del dueño de la casa, inglés de nación y protestante, el cual les gritaba: «acá, Padres; acá. Entren en mi casa; díceles al llegar, no teman; yo les defenderé, pues tengo armas». Introducidos en un pequeño dormitorio, levanta una alfombra y la trampa que conducía a un sótano, al cual les incita a bajar. Iban a bajar los compañeros del P. Jordán, cuando él en momentos tan críticos y de peligro recelando de la fidelidad del caballero, le suplicó no les permitiese enterrarse en aquella bodega. A lo cual accedió sin dificultad el hombre honrado. Sin embargo, a la primera amenaza de entrar a casa por parte de los asaltantes, tuvieron que esconderse

en el sótano. Ya no eran sino cinco; pues el H. Balaguer, no gustando de entierros en vida, saltó la tapia del jardín de la casa, y otras tres murallas hasta salir a una calle y fué a refugiarse a la casa de Huérfanos, dirigida por las Hermanas de Nuestra Señora del Huerto. Pasada la primera tormenta, salieron del sótano. Se habían recobrado apenas del primer susto, cuando de repente entran los niños del caballero al dormitorio llorando y clamando: «van a derribar la puerta: papá ya no puede resistir más». Ese anuncio lo fué de muerte para el Padre y Hermanos. La señora doña Catalina de Galbraith, y otra señora que habían acudido a dicha casa, les vuelven a encerrar en el sótano. Al llegar al fondo, sienten correr sobre sus cabezas atravesando de un lado a otro y en sentido contrario el aposento de la trampa. Imaginaban que ya los asaltantes estaban dentro; el H. Codorniu gemía apoyando el corazón en el P. Jordán; otro de los Hermanos recordó al Padre que podía absolverles: Si lo haré, dijo, y a mí me absolverá... Dios! Aquellos momentos fueron de agonía; el Padre deseó haber muerto en el Colegio, como temía había sucedido a muchos de sus hermanos. Mientras hacían el acto de contrición y aguardaban la muerte por momentos, ábrese la trampa y: suban Padres! les dicen las dos señoras, de que poco há se hizo mención; no hay peligro ya. Acababa de tener lugar en la casa, una de esas escenas que leemos a veces con el llanto en los ojos en las historias sagradas.

Los incendiarios del Colegio pretendían echar la puerta del caballero que hospedaba a los Nuestros, de cuyo escondite se habían apercebido. Aquel huésped honrado se había subido a la azotea de su casa para prevenir el asalto. Al observar los movimientos de la turba, bajó precipitadamente en busca de sus armas. Su esposa lloraba y suplicaba que no se expusiese; los niños y las niñas lloraban también, queriéndoles estorbar el paso. El caballero, armas en mano, triunfa de esos obstáculos, y gracias a lo macizo del portón de su casa y a su decisión, logra hacer frente a la turba y guardar cerrada la puerta. Desde entonces empezaron el Padre y Hermanos a estar seguros y muy obsequiados por los de la casa, donde permanecieron hasta la noche.

El octavo que saltó por la misma tapia que flanqueaba la calle de Río Bamba, fué el P. Wolter. Viendo por casualidad un momento después de llegado a la carpintería que el H. Rota se disfrazaba con ropa que le ofrecieron los sirvientes, hizo otro tanto. Así disfrazado pasó desapercibido entre la chusma que invadía la huerta; mas vien-

do que el gentío aumentaba, saltó a la calle dirigiéndose a casa de una familia alemana conocida, suya, que le proporcionó traje mas decente y generosa hospitalidad.

II Los que salieron por la puerta de la calle del Parque

Cuando el P. Jordán y compañeros saltaban la tapia, buscaban los otros que habían corrido a la carpintería un escondite en el cuarto; en el cuarto a ella contiguo, y algunos se disfrazaban cuando oyeron que los revolucionarios iban a perseguirles allá. En efecto, cuando las turbas desenfrenadas llegaron a la huerta, como se dijo, gritando: «allá van los frailes!» si bien el P. Rector les habló, como hemos dicho, para impedir disparasen a los que fueron a la carpintería, no obstante tres o cuatro de aquella canalla corrieron en persecución de los que huían. Juntósele el H. Infante para calmarlos, asegurándoles que todos saldríamos, como pedían. Con esto llegaron adonde estaban los demás Hermanos, y al verles se mostraron algo sensatos, y repetían: «vayan a la gente; no les maltratarán, les garantimos la vida». Decíales el H. Infante: vayan ustedes delante a abrir paso, e iremos al P. Rector. Así hablando, llegaron a la despensa vieja, cerca de la cocina, donde les detuvo una nueva partida de asaltantes garrote en mano. El H. Infante fijándose en uno que tenía trazas de estudiante, le habló en estos términos: «Usted, que parece más sensato, ponga en salvo a mi persona y demás compañeros». A lo que él y otros contestaron: «Nada haremos a sus personas; sólo queremos que salgan; dejen ustedes el Colegio que no les pertenece; pues es propiedad del pueblo, y por lo tanto podemos disponer de él a nuestro antojo». Y repuso el que parecía ser estudiante de la Universidad: «Ustedes no entenderán estas ideas y doctrinas, pero ellas son así». Déjese usted de doctrinas, díjole el H. Infante, lo que importa es que nos salve usted la vida; pidiéndole nos condujese al P. Rector, a lo cual no atreviéndose, ofreció su chaqueta al H. Infante, quien la rechazó por no hallarse en disposición de recibirla. Fijándose este joven en el H. Infante, dijo: «¿cómo usted tan joven, Jesuíta?». «Eso mismo, le respondió, le probará nuestra integridad».

Llegó en el ínterin a la misma despensa el H. Arrieta, que acababa de cerrar varias puertas y ventanas del Colegio, y de pedir la absolución al P. Rector, a quien vió al pasar por el corredor de la cocina. Juntóse este hermano a los que allí estaban, como también

el H. Bella que llegado a la mitad de la huerta, acababa de evadirse de la amenaza y espantosa vista de un facineroso, que llamándole con un nombre afrentoso le dijo: «Te doy una puñalada».

En esto, junto con la mucha gente que iba entrando por el corredor de la cocina y la puerta del Parque, forzada y rota, aumentaban los gritos de, ¡afuera! ¡afuera! ¡que salgan! Y los primeros asaltantes les decían: «salgan pronto, pues en pos de nosotros seguirán otros que les atropellarán». Así que por aquella puerta, cuya llave no se encontró a tiempo, salieron el P. Savels y los Hermanos Infante, Murgadas, Francolí, Arrieta, Bella y Rota; los siete juntamente. Apenas pusieron el pie en la calle esperando tal vez una mirada compasiva, la chusma que había en ella y mucha de la que estaba en la del Callao, fué de tropel tras ellos gritando como en triunfo: «¡Viva! ¡ya no hay frailes! ¡mueran los frailes! ¡afuera!» Y entre tanto los acariciaban con piedras que la mano del Señor desvió de sus cabezas. Uno de la turba encarándose con el H. Rota, que iba disfrazado, y que a pesar de esto no se apartaba un dedo de los demás que vestían la sotana, prefiriendo padecer con ellos que pasar desconocido, gritó: «este es uno de ellos» y queriendo cerciorarse de si era o no sacerdote, le echó el sombrero por tierra; mas al verle sin corona: «dejémosle, dijo, debe de ser un sacristán». Mas el Hermano con admirable mansedumbre se agachó y tomó el sombrero como si nada le sucediera. Aquella calle fué para el Padre y Hermanos, de amargura. Rodeados de chusma, como corderos entre lobos, fueron acompañados entre insultos y amenazas, atajados sus pasos, aunque otros menos furiosos cuando la turba desbocada les acometía, se interponían gritando: «Orden, señores, prudencia».

De este modo, entre gritos de muera y de orden, fueron conducidos por la calle de Parque y Río Bamba; cuando al doblar la esquina un hombre al parecer decente detuvo al H. Infante por el brazo al grito de «a la comisión». Al cual dijo el Hermano: «déjese de comisión y pónganos en salvo». En esto doña Josefa Navarro Viola, vecina nuestra, de quien se hizo mención, y que como una heroína corría de un lado a otro para defender y salvar a los nuestros, se acercó a los religiosos prisioneros diciéndoles: «Dejen, Padres, a esta canalla, vámonos a una casa particular». Los que hacían de jefes de la chusma los impidieron dos veces, sin que cediera aquella señora en el afán de salvar a los Padres, a quienes iba agarrando del brazo sucesivamente, ni en los dicterios que prodigaba a la turba. En medio de aquella aterradora vocería, se distinguían tales gritos:

a una casa de depósito. Vayan a las monjas! No: pues si van haremos allí lo mismo que en el Salvador... En tan crítica situación y agonías de muerte; pues no sabían donde eran conducidos y aumentaba la turba en furor, se acercó al H. Infante un joven que le exhortaba se metieran en una casa particular. Contestóle: grite. «¡Viva la República! ¡Viva la libertad! a una casa particular»; y con este grito que dió aquel buen joven, la turba asintió a lo que antes rehusaba. De esta suerte escoltados por tanta chusma fanatizada, llegaron el P. Savels y los seis Hermanos arriba dichos, milagrosamente ilesos a casa de un señor católico, llamado Klappenback, el cual salió hasta el medio de la calle, y tomando al H. Murgadas del brazo, les introdujo a su casa, cuya puerta había golpeado de antemano la fervorosa doña Josefa Navarro Viola. La turba, formando una muralla, se detuvo, como las aguas del Jordán, a las órdenes de los tres que montados a caballo llevaban las banderas izadas, y dejaron libre paso a los siete que entraron en aquella casa bienhechora, y luego se disolvió.

El P. Serrat salió por la misma puerta del Parque como dos minutos antes, de esta suerte. Había estado en el patio interior, como hemos dicho, hablando con las turbas que entre otras cosas les decían: «No buscamos a ustedes, sino a los sesenta que han venido del Brasil (que tales noticias había hecho correr la prensa anticatólica). No tienen ustedes la culpa, sino el Arzobispo... El pueblo no les quiere a ustedes, etc. En esto recibió un golpe en la cabeza con un pedazo de silla; otro le tiró el bonete al suelo; y algunos agarrándole del brazo le decían: «No tenga usted miedo; véngase con nosotros» sin que valiera el responderles que le dejaran por lo menos, ir a buscar el manto y sombrero. Hallándose a la mitad del patio, sin decir palabra alguna a los manifestantes que le sitiaban, volvióles las espaldas y como quien iba por algún negocio, atravesó el patio y por el corredor de las clases y el de la cocina salió a la calle que pudo atravesar sin ser injuriado, y entró en la casa de doña Carmen Clemente de Guerra, que le acogió caritativamente.

Asimismo, sin ser ultrajado y por la misma puerta, salió el único con manto y sombrero, que tomó así que oyó los gritos y pedradas contra nosotros, el P. Torrénis el cual se refugió en una herrería vecina.

Fué sacado algo después por la misma puerta el H. Antonio Piñón, que fatigado por el asma, se había sentado en la escalera de la enfermería, cerca de la cocina, donde le vió al pasar el P. Rector, ro-

deado de chusma, sin que pudieran hablarse. Al cabo de un rato de descanso, los mismos que le habían acompañado hasta esta estación, diciéndole que no podía permanecer allí, le condujeron por el Parque, hasta la farmacia de un señor navarro, don Martín Ortiz, que está en la esquina frente al Colegio. Muy pronto tuvo el pobre y anciano Hermano en dicha casa la compañía del P. Albi y H. Morera, a quien conservó Dios la vida de esta providencial manera.

III. Cómo fueron salvados los Padres Rector, Ministro, Albi, Mazarrasa y H. Morera

Según se refirió, el H. Morera se ocultó en un camarote del dormitorio de la cuarta brigada. Después de salidos el señor Da Rocha, su señora e hijo, quedando él solo, ya se metía debajo de la cama diciendo a Dios: «me pesa de haberos ofendido, perdonadme, Señor»; ya acechaba desde las persianas hacia la puerta del dormitorio, junto a la cual estaba un hombre con un largo palo como haciendo guardia. Después de un largo rato de angustias, oye pasos cercanos; abre la puerta del camarote un joven, que pasa de largo. Pasa luego otro asaltante que se agacha, mas sigue adelante. Por fin, le alcanza a ver un tercero, que le amenazó y se fué. Entonces, por no morir debajo de la cama, se determinó a salir del camarote; y abiertos los brazos se dirigió a uno de los bandidos que tenía un madero en actitud amenazante, diciéndole: «¿qué os he hecho?» Contestando aquel y otros facinerosos que invadían el dormitorio: «¡a la calle! ¡a la calle!» le empujó hacia la escalera. Mientras bajaba le iba dando golpes, hasta que dejándole solo, le tiraron algunos palos. En tanto él no hacía otra cosa que repetir: Jesús, salvadme: y salió tan turbado por la puerta principal, que ni vió la grande hoguera que llenaba el frente.

Envuelto por la muchedumbre que por todas partes le acosaba, algunos jóvenes le decían: «Padre, no tema; le vamos a salvar». En esto, uno, que parecía ser respetado por la chusma, añadió: «Padre, soy enemigo acérrimo de ustedes, le voy sin embargo a salvar»; al que contestó el Hermano con un abrazo y estas palabras: en usted, señor, confío. En efecto, aquel y otros jóvenes le acompañaron a la farmacia donde se había refugiado el H. Piñón, cuya vista y compañía le alivió la pena que había sentido en verse solo.

Por lo que toca a la peligrosa salida del P. Albi, habiendo recibido varias contusiones y una grave herida en la cabeza, llegó a la

sala de recibo, donde como queda referido, encontró cuatro o cinco facinerosos que acababan de destrozar lo poco que había quedado. Uno de estos le dió un fuerte golpe en las espaldas, otro le agarró del brazo gritando: «¡a la calle!» Llegado a la cual, fué empujado algo de lejos a la hoguera, en la que vió arder los muebles de la portería, sacristía y salas de recibo. El Padre resistiendo el empujón, pudo echar a correr por la acera que estaba despejada. Mientras corría sin saber adonde, y oía los desaforados gritos que daba la muchedumbre de la otra parte de la hoguera, recibió una pedrada en el ojo derecho, que le llevó los anteojos.

Perseguido sin tregua, corría el Padre con intención de alejarse del lugar de la catástrofe, cuando al pasar por delante de la farmacia del señor Aztiz, fué llamado por este buen vecino que le hizo entrar en la trastienda, donde estaban los Hermanos Morera y Piñón.

Libres de tantos peligros, de todos los cuales les salvó el Señor, apenas reunidos los tres en dicha trastienda, un nuevo incidente viene a aumentar su pena y temor. Llega frente a la farmacia una turba furiosa que clama: se les entregue el Padre que acababa de entrar, a quien acusan de haber cometido una muerte, y juntando las obras a las amenazas, descargaron una lluvia de piedras sobre los objetos y armarios del farmacéutico. Diciéndoles este por sí y sus dependientes que saliesen ocultos, pues de un momento a otro temía ser asaltado; trocada la sotana por la ropa que les prestaron algunos jóvenes que les habían salvado, salieron por una puerta escusada de aquella casa. Ridículamente disfrazados y escoltados por aquellos jóvenes bienhechores, fueron conducidos a la casa de uno de ellos llamado Erausquin, donde fueron atendidos con grande amabilidad y curados de sus heridas.

Veamos como fueron sacados los Padres Rector y Martorell. Cuando el P. Albi fué a averiguar si era o no verdad el asesinato que anunciaban dos de los asaltantes, y después de haberse el P. Serrat escapado del patio interior, como se ha referido, el P. Rector y P. Martorell se encontraron en él rodeados de seres sedientos de sangre de Jesuítas, como Daniel en el lago de los leones. Dios que libró a su profeta quiso sacar vivos a nuestros dos Padres de aquella oleada de gente que les envolvía, armada con toda clase de instrumentos, vomitando injurias y lloviendo piedras, baldes, cajas de sardinas, palos, etc. Defendidos como podían por dos o tres de aquellos, que antes dijimos trataron de salvarles, pudieron llegar a la calle

Callao. Muy pronto el P. Rector perdió de vista al P. Martorell, que quedó envuelto como él, en la muchedumbre. El H. Torres muy afligido vió desde el mirador, como sacaron al P. Rector por la puerta de la capilla, rota, como se dijo, por los asaltantes, y le entraron en una casa de enfrente. En efecto, al llegar el P. Rector a la calle viendo con horror a su derecha la grande hoguera y un gentío inmenso, y a su izquierda a lo largo de la calle mucha gente también, afectado por diversos sentimientos, y más que todo con el pensamiento fijo en los demás Padres y Hermanos que no había podido salvar y que habían desaparecido de su lado, sin saber su suerte, titubeó un momento en salir del Colegio, pues aunque veía demasiado claro que todo era inútil en aquel momento, todavía deseaba quedarse allí para probar si podría hacer algún bien a los que quedasen dentro. Pasando por el corredor de las clases y por el patio de la tercera y cuarta Brigada había recibido ya varios golpes en las espaldas y en la cabeza, y considerando la inutilidad de cualquier otra tentativa, pues por detrás le acosaban con toda clase de proyectiles, como se dijo, y no podía más que esponerse a una muerte cierta, cedió a las instancias que le hacían dos jóvenes, que no se habían apartado de él, de salir a la calle y salvarse en una casa particular. Así, pues, se dejó llevar acompañado de ellos, atravesando la ancha calle, y dirigiéndose adonde le dirigian. Llegado a la acera de enfrente, viendo que le hacían entrar en una casa que él no conocía, se detuvo temiendo poner en peligro a los dueños de aquella casa. En aquel momento un joven arquitecto, vecino del Colegio, vino corriendo hacia él y dándole un buen empujón le dijo: «éntrese no más». Con esto se vió el Padre dentro de la casa, de donde no le permitieron salir por más que lo pedía para no ponerles en peligro, ni la señora de la casa, ni el dueño señor G. Tuper. Este caballero cerró inmediatamente la puerta y se quedó fuera. Pero pronto recibió un tajo en los labios causado por una de las muchas astillas que tiraban al P. Rector, los que asaltaron esta casa, a los cuales rechazó valerosamente aquel honrado caballero, aunque protestante.

Allí encontró el P. Rector a un alumno de nuestro Colegio, el único que ya en él se hallaba desde algunos días, niño de trece años, llamado José Luis de Alba, quien había corrido con los demás Padres a la huerta, volvió a entrar en el Colegio detrás del P. Rector, vió en la enfermería el cadáver y fué importunado por los asaltantes para que les dijese qué Padre le había asesinado. A instancias de este niño y de los señores de la casa que le hospedaron,

se escondió el P. Rector en un sótano, cuando la chusma trataba de entrar en la casa, mientras que al niño le pasaron a una casa vecina, y de allí a un primo suyo; pues tenía su familia en Río Cuarto.

El P. Rector permaneció en dicha casa hasta que por la noche a porfía se lo llevó a la suya el doctor don Pedro Palacios, que tenía su hijo en nuestro Colegio.

Por lo que toca al P. Martorell, cuando el P. Rector le perdió de vista, quedó envuelto en la multitud, le quitaron el bonete, uno le detuvo del brazo queriéndole pegar, e injuriándole largo rato, hasta que dos hombres le sacaron de las manos de aquel foragido a quien otros sujetaron. Luego un joven protestó que le siguiera, que antes sería él pisoteado que permitir que le mataran. Le condujeron por el corredor de enfrente al aposento del P. Rector o la portería. Al pasar por delante de la sala de recibo vió echar por tierra el escapate e imagen de Nuestra Señora del Carmen que allí había. Llegó de este modo y medio empujado a la puerta principal. Apenas le vió la chusma de la calle, cuando gritaron: *a la hoguera*. Mas los dos que le guiaban y tenían del brazo le dirigieron hacia la calle de Tucumán. A los pocos pasos una mano infame le agarró del pecho, y rasgándole la sotana le robó el reloj. Enseguida recibió un golpe en la cabeza, y vió empapada en sangre la mano que aplicó a la herida. Mientras tanto repetía: ; Señor, perdonadles! cuando recibió un segundo golpe más recio que le desvaneció; pero conducido por aquellos jóvenes que le acompañaban, pudo llegar a la casa de don Andrés Costa, distante como doscientos pasos del Colegio. Este caballero, amigo nuestro, así que vió al Padre, abrió la puerta de fierro, y demasiado tuvo que hacer para impedir que asaltaran la casa los que perseguían a su huésped. Allí fué curado el Padre con todo esmero, y terminada la curación uno de los asaltantes que le había ayudado a curar, puesto de rodillas le pidió perdón. En esta casa permaneció el Padre hasta el 6 de Marzo, día en que fué enviado a Santa Fe.

Algunos otros jóvenes trataron de salvar la vida al paciente enfermo P. Luis Mazarrasa, a quien encontraron en su aposento, consumido como estaba por la tisis sin poder hablar. Hicieron un hatillo de su sotana, faja, diurno, etc. y lo demás que el quiso salvar; y habiéndole disfrazado con ropa que le prestaron, sacáronle por la puerta del templo con mucho cuidado, y lleváronlo a la casa de uno de ellos.

IV. De cómo fueron sacados los cuatro penúltimos heridos y muy maltratados

El P. Miguel Cabeza, septuagenario, los Hermanos Estudiantes Alejo Torres y Pedro Vilardell, el H. Coadjutor, José Schorro y cuatro sirvientes, habían ya estado media hora en el mirador presenciando los destrozos, y el asalto del Colegio y la expulsión violenta de varios Padres, cuando oyeron destrozar los muebles del segundo piso. Perdida en vista de tantos cuadros la esperanza de todo socorro de la autoridad, pidió el H. Vilardell al H. Schorro alguna llave para abrir la ventana que daba sobre la nave lateral de la iglesia en construcción. Abrían esta ventana para buscar algún escondite, cuando algunos facinerosos rompen la puerta que estaba a la mitad del largo mirador; y que el H. Vilardell había cerrado. El P. Cabeza se escapó a la azotea corriendo detrás del H. Torres, pero no atreviéndose a pasar como él a la cornisa de la iglesia; retrocedió. Allí, pues, le agarra un mulato, que le acompaña hasta la ventana del mirador, donde descargó sobre su cabeza el primer golpe, que fué muy fuerte, mientras que otro bandido levantando el garrote, y en tono de amenaza, hace salir de su escondite al H. Vilardell, que detrás de una pared se había ocultado. Obediente al grito de: «¡abajo, canalla! ¡vengan para acá!», el P. Cabeza que iba delante del H. Vilardell y del H. Schorro bajaba los tres o cuatro escalones que llevaban de la azotea de la iglesia al mirador, cuando recibió un segundo golpe tan recio y terrible que cayó allí mismo sin sentido; el cual recobró pronto, aunque quedó tendido y puestas las manos en las heridas de la cabeza. En los mismos escalones recibió el H. Schorro tales porrazos que le derribaron al lado del P. Cabeza. Todo esto veía horripilado el H. Vilardell, que tenía que entrar en el mirador mal de su grado, pues el que le había hecho salir de su escondite le seguía detrás con el palo levantado para descargarlo sobre él si se detenía, y delante estaban los que con tanta cortesía acababan de saludar a sus compañeros y dispuestos a recibirle del mismo modo, gritándoles entre tanto: «pillos, ladrones, asesinos». Para evitar algún porrazo, pasó corriendo aquel verdadero vericuelo; pero le era imposible evadirse de uno, sin recibir algún porrazo del otro, según eran muchos los que sin compasión querían darle en la cabeza. Al sentir sobre sus hombros aquella tremenda tempestad, buscó su refugio bajo una mesita que había en el mirador. Dios, que no quería que dicho Hermano muriese todavía, le libró de uno de aque-

llos desalmados, que se agachó junto a él, y forcejaba para sacar de la cintura un revólver, cuando fué llevado por una oleada de gente que se dirigía a otro punto. Cobijado el Hermano bajo aquella mesita y chorreando sangre de sus heridas, ofrecía a Dios la vida y lo que por su amor padecía, cuando se le acercó otro pretendiendo herirle con un cuchillo, de quien le libró el Señor como del primero. Inmediatamente otra chusma le obligó a salir de allí, y descargó sobre sus espaldas y cabezas, tal lluvia de garrotazos, que a no dejarse caer como muerto, le hubieran sin duda acabado. Tendido y tan mal parado, aumentó su pena este tristísimo espectáculo. Vió al P. Cabeza echado en tierra y sin movimiento; pegada su frente venerable al suelo, enrojecidos sus blancos cabellos por la mucha sangre que chorreaba de sus heridas. Vió al mismo tiempo pasar al H. Torres, acompañado con grande algazara de muchos foragidos que le golpeaban sin piedad: del cual Hermano, como que salió primero del Colegio, antepongo la historia aquí.

Saltado que hubo el H. Torres a la cornisa de la iglesia, como se dijo, anduvo como seis metros por aquella alta cornisa, hasta llegar a la esquina del crucero. Aquí alcanzan a verle las turbas (que todo lo invadían sin dejar rincón de casa que no examinasen,) le gritan: «¡abajo, afuera, canalla!» añadiendo mil insultos acompañados de ladrillazos. Tuvo pues, que deshacer el camino andado, y volver a entrar por la misma ventana por donde había salido, teniendo la fatalidad de ser visto por el último de aquellos que habían hecho volver al mirador a los tres, que hemos referido; el cual así que le vió, le comenzó a gritar: «¡abajo! ¡afuera!» y el Hermano le preguntó entre otras cosas con gran mansedumbre: ¿me asegura usted la vida? Contestóle que sí: y para confirmarlo tomándole del brazo, descargó el primer golpe sobre su espalda. Aquí empieza propiamente su vía crucis. A los pocos pasos ve tendidos al P. Cabeza y H. Vilar-dell, chorreando sangre, llegaron entonces a él varios foragidos, uno de los cuales le da un golpe en la cabeza con furia tal, que lo arrojó contra la pared: mas él se apoyó con una mano en el suelo para no caer del todo. Levantado apenas, recibió en los brazos y en la cabeza un sinnúmero de palos. Al llegar a la escalera que bajaba del mirador, aquel sujeto inhumano, que prometiera salvarle la vida, con toda su rabia y aliento le dió un empujón escalera abajo, que a no ser la señaladísima protección de la mano del Señor, se hubiera allí estrellado. A palos y garrotazos fué llevado hasta el patio. Mientras hacía esfuerzos para saltar una cerca de madera, que había en

medio del gran patio de junto a la iglesia, uno de aquella gente incalificable le tenía del brazo, y otros le daban de golpes sin compasión ni descanso, impidiendo el Hermano con el otro brazo que lastimaran más su ya machucada y herida cabeza. Pasada con suma dificultad, la cerca y chorreando sangre, dirigió a uno, que instigaba a otros para que le pegasen, estas sentidas palabras: «¿no ve como estoy? ¿por qué quiere que me peguen más?» Entonces uno, que cree el Hermano ser el que prometió conservarle la vida, le llevó hasta la puerta de la capilla, y de un empujón le arrojó a la multitud, que le recibió también con golpes y palos. Acosado por todas partes el pobre Hermano, empezó a correr hacia la calle del Parque evitando a todos los que le salían al encuentro. Cerca de la esquina del Parque, el General Vedia detuvo a muchos de los que perseguían al ensangrentado Hermano. Luego un joven Luzurriaga, oficial que era de policía, vestido de particular, le gritó: «venga, Padre, le salvo»; y tomándole del brazo siguieron corriendo hasta media manzana, donde les abrió la puerta de su casa el señor Romero; quien después de dejar entrar algunos conocidos la cerró, y tomó dos revólvers para defenderse de la chusma, que pedía a gritos les echasen fuera al Padre, e insultaban a las señoras, que estaban en las ventanas de la casa, porque albergaban al fraile.

Libre de una bala que pasó entre él y el señor Luzurriaga, cuando corrían por la calle, y de tantos otros peligros, habiendo quedado muy herido y sin fuerzas, era hora de tratar de su curación. Sentado, pues, en una silla y bañado todo en sangre, que le manaba en abundancia de seis heridas graves de la cabeza, le hicieron quitar la sotana y camisa, empapadas en sangre, y le curaron con solícita caridad, los jóvenes Fiorini y Pozzo, a quienes edificó sumamente la paciencia del Hermano. Dos botellas de árnica no lograron restañar la sangre teniendo que acudir al percloruro de hierro; que le hizo sufrir intensamente. Todavía le quedaba, después de aquel dolorosísimo remedio, una herida chorreando. Insinuó que desearía llamasen al médico del Colegio, doctor Lucilo del Castillo; mas solo fué encontrado el doctor Montes de Oca, que le afeitó la mitad de la cabeza, y curadas con mucho afecto las heridas, le vendó lo mejor que pudo.

Pero volvamos ahora a los tres que quedaron tendidos en el mirador. El H. Schorro menos mal parado y conservando más fuerzas que sus dos compañeros, al segundo grito de: *¡Abajo, canalla!* se levantó y bajó al primer piso recibiendo numerosos golpes de la chusma, que todo lo invadía y gritaba: *¡degüéllente!* Al doblar la escalera

un bandido de vista espantosa, con un cuchillo en la mano y furioso, le tomó del brazo e iba a descargar el golpe, cuando, por providencia de Dios, dos hombres le sacaron de las manos de aquel verdugo y le condujeron por el patio de la iglesia que estaba llenísimo de gente. Allí entre gritos de: muera, golpes e insultos, le sacaron la faja, el rosario, la caja de anteojos, y otros objetos que le encontraron en los bolsillos. Con mucho trabajo le sacaron aquellos dos caballeros por la puerta de la capilla, que parecía un infierno, y le condujeron a la casa de un pobre albañil, italiano, no muy distante del Colegio. En esta pobre casa estuvo como dos horas, y le curaron las tres heridas que le manaban mucha sangre.

Los bandidos, de los cuales se escapó el H. Schorro, de la manera que hemos dicho, y que quedaban en el mirador dispuestos a cometer cualquier atentado, intentaron echar al P. Cabeza por una ventana; pero siendo estas altas y pequeñas, y habiendo el Padre vuelto en sí, y conservando bastantes fuerzas, resolvieron llevárselo por la escalera. Dando el grito de: «levántese, para abajo», le tomó del brazo uno de aquellos foragidos, y bajando la escalera registrábanle los bolsillos. Díjoles el Padre con admirable mansedumbre: ¿qué, buscan?—Armas; respondieron. A lo que el Padre: ¿qué armas he de tener yo aquí?

En el ínterin, viendo el H. Vilardell (que permanecía tendido y como muerto) que ya la chusma bajaba con el Padre, creyendo no ser visto, echó a correr intentando como antes esconderse. Mas para colmo de infortunio uno de los que iban detrás, se da vuelta, le vé y grita: allá corre uno. Vuelan pues algunos contra él, el cual al ver esto se finge exánime y se deja caer. Entonces tres o cuatro, en quienes hizo algún sentimiento la vista de sus heridas y rostro ensangrentado, le levantaron prometiéndole que le salvarían la vida. Mas luego le importunan, les diga dónde estaban los otros Padres si no quiere acabar de morir entre sus manos; a lo que el Hermano: no lo puedo decir, porque no lo sé. Habiéndole sacado de los bolsillos cuanto tenía, conducido por tal gentuza, alcanza al P. Cabeza en el primer descanso de la escalera, donde la Providencia les deparó a un hombre honrado que debía salvarles. En efecto, se compadece de los dos un señor Moreira, quien gritó a las turbas: «Señores, la manifestación ha sido bien hecha; pero déjenles por humanidad». Los toma del brazo, y les acompaña en dirección a la cocina por el corredor de las clases, sin que todavía estuvieran libres. Uno de la turba iba a clavar un puñal en las espaldas del P. Cabeza, cuando el señor Moreira dió

un golpe en el brazo del asesino, haciéndole caer el cuchillo. Libres de este y otros peligros, llegaron al corredorcito de la cocina, donde vieron el fregadero hecho un horno, y al salir por la puerta del Parque, las turbas impresionadas con la vista lastimosa que ambos ofrecían, cubiertos de sangre, les abrieron paso; y una respetable señora doña Carmen de Clemente viuda del coronel don José de Guerra, estando en la puerta de su casa, en frente de la nuestra, les acogió con toda caridad. Allí les curó con cuidadoso cariño un practicante y el médico doctor Lucilo del Castillo. El mismo joven que había salvado al H. Morera, entró en dicha casa como de visita y queriéndose dar a conocer al H. Vilardell, le dijo: ¿Me conoce, Padre? Yo soy Matías Erausquin, que siempre me encuentro con los malos. Aunque acérrimo enemigo de ustedes, voy ahora a ayudarle a curar (1). Mientras esto hacía exclamaba: ¡qué dura cabeza tiene, Padre! y luego otros: le hablamos en confianza. Para que no se formen ilusiones, fuimos autorizados por el Gobierno, para hacer lo que se ha hecho.

El P. Cabeza tenía dos graves heridas en la parte superior de la cabeza; una de tres pulgadas de largo, otra de cuatro y media que llegaba hasta el cráneo que por milagro de Dios no fué abierto en dos partes; de cuyas heridas por un nuevo milagro de Dios y cuidado del médico sanó a los doce días. Al H. Vilardell le salió una erisipela en el rostro a resultas de la calentura; de la cual y de las cuatro o cinco heridas en la cabeza y muchas en el cuerpo, sanó a las dos semanas; al cabo de las cuales fué a Santa Fe.

V. *Del último que salió del Colegio*

Este fué el H. Antonio Binimelis. Al oír el asalto corrió a su oficina, esto es, a la ropería para cerrar las ventanas. Cerradas todas las del corredor de los Padres que dan al patio interior, y todas las puertas de los aposentos del ala del Este del Colegio, se puso de acecho en una de aquellas ventanas que miran al patio interior, por un postigo entreabierto, desde donde presencié los hechos, que se refirieron en el capítulo II. Vió salir a los Padres Rector, Ministro, Albi y Serrat de dicho patio, y cómo muchos de la chusma salieran con roquetes, albas, estolas y otros objetos del culto, y hasta los ramos de flores que se hallaban en la capilla pública, dentro de las urnas

(1) Este joven es uno de los dos que se fugaron de noche, con Padilla, del Colegio de Santa Fe, en 1868.

de los santos cuerpos de los Mártires San Aurelio y San Fidel, todo lo cual le partía el corazón. Sólo con la especial gracia con que Dios nos asistía a todos, se explica que ni este Hermano, que tiene un genio muy fuerte, ni otro alguno de los nuestros prorrumiese en algún acto de impaciencia o imprecación en medio de los hechos inicuos que presenciábamos.

Amenazado con un pedazo de silla por un bandido que desde el patio alcanzó a verle, fuese triste por segunda vez a la ropería. Allí estuvo más de un cuarto de hora, sentado delante de un Crucifijo, sin acertar a rezar ni saber qué partido tomar. Pasó luego a la biblioteca con iguales angustias; regresó por tercera y última vez a la ropería; de la cual después de mucho rato y de haber visto desde una rendija de la puerta varios asaltantes, que empuñando teas encendidas y vomitando blasfemias, iban y venían de la escalera de mármol al corredor de los maestros, disfrazándose de seglar, tuvo que salir de allí por no morir asfixiado por el humo, que llegaba a la ropería por el corredor de los Padres, en cuyo extremo se hallaba.

Casi sin ver y sofocado por el humo, traspasó todo el corredor de los Padres. Al llegar a la escalera de mármol, vió hecho un horno todo el corredor del ala del Sur. Apenas llegado al pie de la escalera, le asió del brazo un hombre que le dijo con énfasis: ¿Usted es Jesuita? Sí, señor; le dijo intrépido el Hermano, ¿qué se le ofrece? No tenga usted miedo, respondió el caballero, le voy a salvar. Acompañóle pues, y al llegar delante del aposento del P. Rector, le tomó otro del brazo, ofreciéndose también a salvarle. Llegados al zaguán, que estaba cuajado de gente que gritaba: ¡muera, muera!, le dieron muchos golpes, entre los que no hacía más que repetir, el fervoroso Hermano: ¡Jesús, salvadme! Uno que llevaba una bandera se la ponía entre las manos, mientras que daba a la multitud estas voces: ¡orden, respeten a la bandera!... a lo que respondían: ¡muera; échenlo a la hoguera! ¡a la hoguera! Diéronle en el umbral de la portería tales porrazos, que cayó sin sentido, y lo iban a echar a la hoguera, a no ser la compasión de algunos y el esfuerzo de los dos que le habían ofrecido salvarle; quienes arrastrándole por la acera pudieron llevarle a la calle del Parque, y en brazos le condujeron, después de golpear en varias puertas, hasta la casa de unas señoras Giraes, que le recibieron muy piadosamente. Hasta la esquina no recobró el sentido, y se encontró con varios chichones en la cabeza; una grave herida cerca del párpado derecho, otra en la mejilla izquierda, merced a la cual estuvo seis días sin poder tomar más que

líquidos, y otra en el índice de la mano derecha, que le hizo perder la uña. Esto sucedía como una hora después del asalto; y así durante su permanencia en la ropería, tuvo lugar casi todo lo siguiente.

CAPÍTULO IV

PROFANACIÓN DE LA CAPILLA — INCENDIO — LLEGADA DE LA TROPA

Nuestro Sumo Capitán y Señor de todos, Jesús, quiso sufrir más que todos sus siervos y permitió ser echado de su casa, el primero, con horrible sacrilegio.

Los que penetraron en la capilla (que fué lo primero que asaltaron) cometieron en el acto mil profanaciones, rompiendo y saqueando cuanto se les ofrecía. Luego empiezan a sacar bancos, sillas, ornamentos, cálices y otros objetos del culto divino, que depositaban en medio de la calle, prendiéndoles fuego; empezando así la inmensa hoguera, de que se hizo mención.

Y para que fuera más manifiesta a todo el mundo la verdadera causa, que inducía a tantos impíos al asalto de nuestro Colegio, despedazaron y maltrataron muchas reliquias y los dos cuerpos de los Santos Mártires Aurelio y Fidel, precioso obsequio de Nuestro Santísimo Papa Pío IX, a sus amados Jesuitas; rompieron y apuñalearon varios cuadros y pinturas de los Santos. Un gran cuadro de Jesús, de estatura natural, crando en el huerto, tiene dos grandes tajos muy prolongados en el rostro, y una enorme puñalada al lado del corazón. De igual modo se ensañaron en el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, a cuyo altar prendieron fuego; y en los retratos de San Francisco Javier y de San Francisco de Borja y de otros muchos. Pero especialmente mostraron su encarnizamiento y su cólera sacrílega aquellos impíos en el de Nuestro Padre San Ignacio de Loyola, clavándole el cuchillo en la garganta y en los labios. Muchos otros cuadros, tanto de la capilla pública, como de la privada y de otros puntos del Colegio, fueron rotos y maltratados.

Pero lo que conmueve el corazón más frío y hace derramar lágrimas de indignación y amargura, es la nefanda y sacrílega profanación que sufrió el augusto Sacramento. Saqueados y violados los tres altares de la capilla y despedazadas las imágenes, de un hachazo abrieron el sagrario, se llevaron los copones llenos de formas consagradas para arrojarlas a la hoguera, y según se afirma, llegaron a pisotear

las que cayeron en tierra. Entre las demás formas, había una grande que debía servir para la bendición de aquella tarde.

En medio de tantos sacrílegos y profanadores no faltaron piadosas matronas y algunos caballeros que salvaron de la capilla lo que pudieron; y es digna de eterna memoria, una devota mujer italiana, que con valerosa intrepidez, despreciando los gritos y amenazas, se metió en el fuego para recoger las partículas que pudo, y llevólas a la iglesia más cercana.

El señor Arzobispo, para informarse de lo ocurrido, escribió a la Madre Superiora de las Hermanas de la Misericordia, la cual respondió con la siguiente carta, que para mayor inteligencia de estos hechos, trasladamos aquí.

«Al Exmo. señor Arzobispo de Buenos Aires, doctor don Federico Aneiros.

»Muy Ilmo y Rvmo. señor: Todo lo que sabemos es, que el domingo entre las tres y cuatro de la tarde, vino al convento una pobre mujer trayendo tres veces hostias que había alzado de la calle; donde, fueron arrojadas con una porción de ornamentos de altar y mueblería de la capilla del Salvador, para ser quemados. La amenazaron quemarla igualmente, si volvía; pero ella, en su aplicación, no hizo caso de sus amenazas.

»Como habíamos oído decir que se vió a los anticristianos vaciando en la calle el copón, temíamos mucho que fuese verdaderamente el Santísimo. Así lo recibimos en purificadores con toda veneración; y la sacristana, entre las lágrimas de todas las Hermanas, lo puso en un tabernáculo que hay vacante en la sacristía, con una lámpara encendida.

»La H. Sacristana, a la mañana siguiente, informó al P. Alemán (el P. Wolter) que vino a decirnos la misa, de todas las circunstancias; y él dijo después que había hecho lo preciso.

»La primera vez que venía la pobre señora traía una hostia grande, y las otras dos veces, hostias chicas. Pero... ¡ay, en qué estado!... ¡Pisoteadas y mezcladas con vidrio roto y con sangre!, etc.

»Indigna, hija en J. C. de V. E. Rma.—*Sor María Evangelista*.—Colegio de las Hermanas de la Misericordia.—Marzo 7 de 1875.»

Cansadas las perversas manos de muchos asaltantes del saqueo y destrozos, se convirtieron al incendio. Todavía no habían salido todos los Padres del Colegio, y mientras aún muchos de los facinerosos destruían y robaban sin distinción de sagrado o profano, y sin temor alguno de aquel Dios, que tenían presente, fueron derramando

petróleo (del que en la despensa hallaban y del que habían traído en carros, según que afirman muchas personas haber visto) el cual echaban también con bolas grandes de estopa y lienzo empapado, mientras que otros iban con teas encendidas, prendiendo fuego por distintos puntos; principiando por los altos y siguiendo por el segundo y primer piso; de suerte, que cuando salió el H. Binimelis, ya ardía la capilla que estaba debajo de la ropería, y muchos otros sitios del Colegio. Al cabo de una hora, era ya presa por las llamas todo lo que era propiamente Colegio.

A los bomberos que vinieron después les cortaron las lanzaderas, impidiendo el uso de las bombas. Ardió pues, todo, sin que nadie disminuyese el furor de las llamas.

Cuando se empezó a quemar el Colegio, el señor don Clodomiro Mora fué al cuartel del Parque, a pedir auxilio a la tropa, y se le contestó que ésta había sido licenciada ese día, y que no habiendo más que la guardia no podían acudir.

Fuera de esto, se dijo, que la súplica enviada por los Padres del Colegio al señor Presidente a las doce del día (como queda referido) no fué abierta hasta las cuatro, por no suponer que su contenido fuese de urgencia, siendo así que el sobre llevaba en grandes letras la palabra *Urgente*. Esta es la voz que corrió. Sin embargo, lo que parece cierto es que el Presidente, al saber el tumulto en el Palacio del Arzobispo, y tal vez algo de lo que sucedía en el Colegio del Salvador, abrió la nota, y como cosa de la jurisdicción de la Policía y del Gobierno Provincial, la remitió a éste. Pero no se hallaban en casa ni el Gobernador, ni alguno de sus ministros. De modo, que aquella tarde, estaba la Ciudad sin Gobierno, ni policía, en manos de las turbas. Así que no faltaron avisos al Gobierno, por cuanto además de los dichos, el señor don Fernando García del Molino y el señor Fernández Blanco, verbalmente pusieron en conocimiento del Presidente de la República, el asalto del Palacio Arzobispal y el que se iba a dar al Colegio del Salvador.

Por fin, a instancias de algunos caballeros honrados o amigos de los Padres, fué enviada al Colegio la tropa de línea, que se presentó cuando todo ardía y estaba ya consumado el crimen.

Con todo, tal vez impidió que los vándalos fuesen al Colegio de los Padres Bayoneses y al Seminario, del cual habían ya salido el P. Sató y demás Padres y Hermanos, que en él había estado este año, los cuales se refugiaron en la casa de un protestante, y en algunas otras. Lo mismo hicieron los jóvenes semina-

ristas. La tropa rodeó todo el Colegio; alejó de él toda la muchedumbre después de alguna descarga; se repartió por las bocacalles contiguas al Colegio, impidiendo indistintamente el paso a toda suerte de personas que no mostrasen tener permiso especial de la autoridad, mientras que al caer de la tarde se derrumbaban los techos e iba convirtiéndose en pavesas gran parte del edificio que costara ocho años de trabajo y algunos millones de reales.

Pero fué Dios servido que quedase intacta y libre del incendio la grande y esbelta iglesia en construcción. Porque, primeramente, el viento sopló de Norte al Sur, y alejó de ella las llamas, y habiendo los asaltantes atado a una larga maroma, que colgaba de la altísima cúpula, madera y virutas encendidas, se quemó la cuerda, como era natural, viniendo abajo toda la leña, que no llegó a dañar los andamios de la cúpula. Y aunque prendieron fuego en las maderas y cimbras que estaban amontonadas en tres puntos distintos, sólo se quemó un pedazo de techo de una nave lateral.

CAPÍTULO V

DONDE FUERON DEFINITIVAMENTE HOSPEDADOS LOS NUESTROS

En la calle de Río Bamba, entre las de Tucumán y Temple, vivía el señor don Santiago Klappenbach, honrado caballero y buen católico, que tenía tres hijos en nuestro Colegio, el cual informado por doña Josefa Navarro Viola del asalto y expulsión de los Padres del Colegio, salió apresuradamente en busca de ellos, y como queda referido, hizo entrar en su casa al P. Savéls y a los seis Hermanos que salieron a la vez. Inmediatamente fuese a la Policía en busca de tropa y a echarles en cara tanta indolencia. Envióse a la casa de aquel buen católico un piquete de vigilantes para defenderla, y él salió con el intento de auxiliar a otros Padres. Al cabo de un rato volvió a su casa, diciendo a los siete hospedados: «El Colegio está ardiendo». Ya se deja comprender la impresión que causarían estas y otras muy amargas noticias.

Como a las cinco visitó el jefe de Policía a los religiosos refugiados en esta casa, mostrando grande indignación y sentimiento por los escandalosos hechos que acababan de tener lugar; y dijo que él mismo había recibido golpes e insultos por tratar de contener a la multitud; añadió que estaba a nuestra disposición, que pidiesen cuanto necesitaban los Padres, y si querían que condujera otros compañeros a dicha casa.

A tantas ofertas, respondieron que le agradecerían les trajera a aquellos Padres y Hermanos que no estuviesen seguros o quisiesen juntárseles. La señora doña Catalina de Galbraith, hermana política del señor Klappenbach, acompañó al comisario de Policía que el jefe mandó en busca de algunos Padres. Muy presto fueron conducidos a casa del señor Klappenbach, y a instancias de aquella señora, el P. Jordán y los Hermanos Codorniu, Tugues, Soler, Bode y Martorell, disfrazados todos del mejor modo que pudieron. Al propio tiempo trajeron al P. Mazarrasa, los mismos que le habían disfrazado y sacado del Colegio. Al dar los Padres las gracias a aquellos filantrópicos caballeros, y al decirles que Dios les pagaría aquel rasgo de generosidad, contestaron: que no esperaban recompensa alguna, pues lo que hoy hacían por el Padre, mañana otros lo harían por ellos.

Entrada la noche, conmovió sumamente el corazón de todos los Padres y Hermanos que se habían ya reunido en casa del señor Klappenbach, la lastimosa vista del H. Alejo Torres y del H. Binimelis, ambos heridos y vendados, débil el primero, y cubierto de costras negras, formadas por el percloruro de hierro, con que le habían restañado la sangre. No es fácil explicar el sentimiento y afecto con que se abrazaban mutuamente todos los Padres y Hermanos, después de tan horrible tormento; y mirándose como resucitados por el favor de Dios. A no tardar abrazaron también al P. Serrat, que fué acompañado de la casa de la señora doña Carmen de Guerra a la del señor Klappenbach, por el doctor Lucilo del Castillo y doctor Ayerza y el comisario de Policía.

Llegaron pues a reunirse en aquella piadosa casa cuatro Padres y trece Hermanos, donde fueron visitados por varios caballeros, que pedían con insistencia hospedar a algunos de los nuestros. Fueron asimismo a visitarlos y tomar sus nombres y ofrecerles seguridad algunos encargados de la Policía. Después de prometer doscientos soldados de guardia, dejaron desamparada la casa aun los pocos que antes la custodiaban. En el ínterin, para mayor seguridad y siguiendo el parecer de los amigos que nos invitaban afectuosamente a sus casas, nos distribuimos los Padres y Hermanos en el orden siguiente:

El P. Jordan y H. Infante a la casa del doctor don Toribio Ayerza, español, médico distinguido, que tenía tres hijos en nuestro Colegio, además de otros tres que había educado también en nuestros Colegios de aquí y de Santa Fe. Al H. Murgadas le condujo a la suya el doctor Cepadano, español, desde la del doctor Ayerza. Los Hermanos Codorniu, Soler y Martorell, fueron acompañados por el señor don

Benigno Allende, español, a su casa. El P. Serrat y H. Binimelis a la de la señora madre del doctor Castillo, médico de nuestro Colegio. Este llevó a la suya a los Hermanos Torres, gravemente herido, y Francolí, algo enfermo, para cuidarles afectuosamente, como lo hizo con los demás Padres y Hermanos heridos. El señor don Benjamín del Castillo, su hermano, dió asimismo generosa hospitalidad al H. Bella.

El H. Arrieta fué trasladado a la casa del joven don Ignacio Masini por el señor don Antonio Zavala, el cual condujo a la suya a los Hermanos Tugues y Rota; y allí los tuvo hasta que el 24 pasaron al Seminario. El doctor don Miguel Navarro Viola condujo a su casa al P. Savéls, y el doctor don Joaquín Cullen, amigo sincero de nuestra Compañía, de la que fué discípulo en Santa Fe, llevó a la casa del señor Fresco, donde él vivía, al enfermo P. Luis Mazarrasa. El H. Bode fué asilado en una casa de la calle Tucumán, a veinte pasos de nuestra iglesia.

En cuanto a los once restantes, el P. Rector fué conducido a la casa del doctor don Pedro Palacios, el cual a todo trance quiso llevárselo de la casa del señor G. Tuper, que le había asilado y defendido.

El P. Albi y los Hermanos Morera y Piñón, acogidos en casa del anciano señor Erausquin, tío del joven Matías Erausquin, e importunados por los caballeros de aquella familia, para que les ocupasen en lo que quisiesen o tuviesen menester, mandaron una carta al P. Sató y otra al señor don José María Soto, amigo nuestro. Este, después de anochecido, les visitó y trasladó al P. Albi y al H. Morera a su casa, donde fueron tratados como miembros de la familia, y les puso en comunicación con el P. Rector y con la mayor parte de los otros Padres. El H. Piñón quedó en casa del señor Erausquin.

El P. Torrénst pasó de la casa donde se refugió, como a las tres y media, a la de doña Carmen de Guerra, donde estuvo dos semanas en compañía de los gravemente heridos P. Cabeza y H. Vilar-dell, mientras que el P. Martorell permanecía seguro en casa de don Andrés Costa y el H. Schorro en la del doctor don Miguel Floro Costa, donde estuvo dos días sin saber nada de los demás Padres y Hermanos; los cuales a su vez, no sabían su suerte ni paradero; y de quien afirmaron los periódicos que había muerto. El P. Wolter se hallaba en casa de una familia conocida suya, alemana, y el H. Balaguer en la casa de huérfanos de las Hermanas del Huerto.

Así quedamos todos distribuídos en casas de nuestros amigos, que nos trataron con el mayor esmero y caridad, hasta que volvimos a nuestras santas moradas; que fué antes de tres semanas.

CAPÍTULO VI

CÓMO QUEDÓ EL COLEGIO LA NOCHE DEL 28 Y CONSECUTIVAS —
INDIGNACIÓN DE LA CIUDAD — PROTESTAS

Perpetrados en nuestro Colegio y capilla los más nefandos atentados, dispersos todos los Padres y Hermanos, infundiendo tristeza y quebranto de corazón las humeantes ruinas del Salvador, aumentando la indignación y melancolía las tinieblas de la noche, que hacían reconcentrar los ánimos para reflexionar sobre el escándalo de los escándalos que acababa de presenciar todo Buenos Aires; quedaron custodiando las ruinas y la pequeña parte del Colegio, que había quedado libre del incendio, algunos policiales, los cuales lo hicieron tan mal, que durante la noche del domingo y la del lunes robaron mucho de lo que las perversas manos de los asaltantes y las mismas llamas habían abandonado.

Estaban en el segundo piso del ala Este, que es la que se salvó del incendio, la ropería, biblioteca y aposentos de los Padres que habían quedado intactos y libres del saqueo; porque los asaltantes no penetraron en el corredor al que dichas piezas daban; merced sin duda a la oscuridad, que el H. Binimelis le dió, cerrando todas las puertas y ventanas, y al humo que iba penetrando en dicho corredor. Mas por la noche, ocultos los policiales por las tinieblas, fueron sacando de la ropería lo mejor que pudieron escoger, no dejando más que lo usado o enteramente inútil. Del mismo modo desaparecieron de la biblioteca los clásicos españoles y los libros más preciosos, dejando muchas obras trucas, muchas de las cuales habían sido echadas a la calle o al fuego.

El lunes 1.º de marzo, cuando ninguna señal de fuego había, como a las nueve de la noche, no se sabe por qué casualidad, si habiendo quedado fuego sepultado bajo los escombros, o porque clandestinamente viniesen algunos enemigos a incendiar de nuevo el ya arruinado edificio, de repente se levantaron furiosas llamas que acabaron de devorar con mayor ardor que el domingo el ala central, donde estaba la capilla, y un dormitorio de los niños, y toda el ala del Parque, donde estaba el comedor de los alumnos, aposentos de los Maestros y otro dormitorio en el tercer piso.

Salían las llamas con tal furia, que llegaban hasta las casas de la otra parte de la calle, cuyas puertas tenían que mojar para que no prendiera en ellas el fuego, teniendo que desocupar alguna de las

casas de enfrente. Hasta las dos de la noche duró tal incendio, hasta que desplomándose todos los techos y algunas paredes ahogaron el fuego.

Así, pues, de todo el grande Colegio sólo quedó, como hemos indicado, libre del incendio, el ala que mira a la calle del Callao, y la parte recién construída, aquel año, que comprende: la cocina, fregadero y despensa, y dos largos corredores que en los patios de la primera y segunda División se habían edificado al principiarse el curso del 74. Todas estas piezas, excepto los dichos corredores, quedaron sin embargo en tan mal estado, que fueron menester veinte días de trabajo y unos 60.000 reales para que fuesen habitables. Todo lo restante quedó reducido a pavesas. Perdimos las clases con todos sus utensilios, los dormitorios con todos los camarotes, camas y mueblería de los niños, el Gabinete de Física y Química, con todos sus ricos y numerosos aparatos, y la preciosa colección botánica, y la de más de dos mil minerales, los altares de las capillas pública y doméstica, con la mayor parte de ornamentos sagrados y los libros preciosos de la biblioteca, el archivo de la Misión, con casi todos los documentos y muchos otros objetos, en fin, que sería largo y triste enumerar.

Tantas pérdidas materiales, fueron compensadas con muchas ganancias morales. Pues el Señor se dignó regalarnos mucha pobreza, desprendimiento e indiferencia práctica, rodeadas de sus compañeras la penuria, y falta de muchas cosas, la estrechez y mortificación juntas con grande resignación y alegría interior. Fuera de esto y de la grande corona de gloria, que Dios prepara misericordiosamente a los que por su amor padecen, los buenos aumentaron su devoción y afecto a nuestra Compañía, quedó toda la ciudad indignada en vista de tanta barbarie, sembrado el terror y abominación contra los cómplices de tal vandalismo en todos los pechos honrados, los enemigos que nos querían fuera, reprobaron el hecho, los masones se dividieron, los mismos promotores del alboroto se avergonzaron, y nadie quería ser tenido por autor de tan nefandos atentados.

Para que se pueda juzgar mejor esta impresión, vamos a estraccar los principales trozos de algunos documentos oficiales y protestas particulares, que se apresuraron a dar a luz por aquellos días.

El mismo Luis Varela, que en hojas sueltas y en el diario *La Tribuna* había publicado pestes contra nosotros, espantado de su obra y queriendo eludir la responsabilidad, fué el primero en protestar en estos términos: «Hemos sido los primeros en atacar el entronizamiento de los Jesuítas entre nosotros, hemos sido los prime-

ros en aplaudir las protestas, y somos también los primeros en condenar...»

La misma noche del 28 escribió una protesta el Presidente del Club Universitario, donde entre otras cosas dice: «El incendio y el asesinato al lado de la profanación sacrílega, son crímenes que no pueden inspirarse por hombres honrados, por hombres libres, por hombres que han probado respetar las instituciones», etc.

A su vez el Club Universitario, que como hemos dicho, convocó al pueblo a la manifestación del 28, publicó también su protesta, de la cual copiamos el siguiente párrafo: «En nombre de la constitución, de las leyes, de la civilización, de los sentimientos humanitarios, la Comisión Directiva del Club Universitario condena enérgicamente los actos salvajes de fanatismo, de intolerancia, cometidos a la sombra de la bandera generosa y pura que la juventud levanta con fe y entusiasmo».

La gran mayoría de los estudiantes de la Universidad protestaron también el 1.º de marzo con la siguiente publicación: «Para evitar las erróneas interpretaciones a que pudiera dar margen el título de la asociación Club Universitario, los infrascritos estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, declaramos que dicho Club no representa sino a los miembros que lo componen, y de ninguna manera a los firmantes que protestan enérgicamente, contra los hechos criminales y vergonzosos que han tenido lugar el día de ayer, y que sublevan la indignación de todo argentino.» (Siguen las firmas.)

El mismo día, 1.º de marzo, la Cámara de Diputados sancionó una minuta de comunicación al Gobierno de la Provincia en la que brilla este párrafo:

«Ante el asesinato e incendio producidos por turbas que no respetaron en su paso la Religión ni el Estado, pues que profanaron los templos y resistieron la autoridad, los legítimos representantes del pueblo creen afectados los intereses generales de la Provincia, y en el uso de la facultad que les confiere el artículo 87 de la Constitución vienen a V. E. declarándole que su opinión de ciudadanos y legisladores les aconseja dirigirse al Poder Ejecutivo, para que éste lo haga al Poder Judicial, pidiéndole en nombre de la humanidad que preste atención preferente al enjuiciamiento de los autores de los crímenes cometidos ayer: que habilite todos los días y todas las horas para adelantar el proceso por momentos; que aplique a los asesinos e incendiadores todo el rigor de las más severas leyes penales, y cumpliendo implacablemente aquellas sentencias, devuelvan a Buenos Ai-

res la tranquilidad perdida, reparando así, en parte, las ofensas hechas a la Constitución, que garantiza a todos los habitantes los derechos que los asesinos e incendiarios han hollado, y la injuria que han inferido a la civilización.»

Con fecha del mismo día el Ministro de Guerra y Marina, escribió en estos términos:

Al señor Provisor y Gobernador del Arzobispado.

Se ha recibido la nota de Su Señoría de esta fecha, y en su consecuencia se han tomado las disposiciones convenientes para cortar o castigar cualquiera agresión que en prosecución de los sucesos del 28 se intentase ahora.

Creo inoficioso hacer saber a Su Señoría, que el crimen de ayer ha causado una impresión profundamente dolorosa, tanto al Presidente de la República, como a todos sus consejeros, y puedo asegurarle que, si desgraciadamente se repitiesen los hechos que motivan esta nota, el castigo sería ejemplar.

Sin perjuicio de las medidas administrativas que adoptará el Gobierno, me es satisfactorio decir a Su Señoría que la justicia nacional tomará en este incidente la parte que legalmente le corresponde, para que el delito sea penado en la forma que su gravedad merece.

Dios guarde a Su Señoría.—*A. Alsina.*

Asimismo el 1.º de marzo el Ministro del Interior pasó este documento al Gobierno de Buenos Aires:

Al Exmo. señor Gobernador de la Provincia.

Recibo encargo especial del Presidente de la República para llamar la atención de V. E. sobre los hechos que han ocurrido en el día de ayer. Su gravedad misma justifica esta intervención del Gobierno Nacional; porque crímenes como los perpetrados son, no solamente contra la ley escrita, sino contra la humanidad y la civilización, y atacan en su fundamento los objetos para los que se han establecido todos los gobiernos.

Hay además en ellos un rasgo que los distingue, puesto que se dirigen contra los templos, los altares y ministros de la Religión que profesa la mayoría del pueblo argentino y que el Gobierno Provincial está encargado de proteger según la Constitución.

El señor Presidente sabe que V. E. moverá a los tribunales para que repriman rápida y severamente los delitos cometidos, ya que no han podido ser evitados, con esa justicia imparcial y elevada que no distingue opinión ni nacionalidades, que recae del mismo modo sobre propios y extraños, y que es la única que tranquiliza y aplaca

satisfaciendo la conciencia pública. Pero las consideraciones invocadas inducen al Gobierno General a asumir esta actitud en una emergencia tan grave.

Existen en la ciudad algunas fuerzas de línea. V. E., como encargado de mantener el orden público, las tendrá sin necesidad de requisición previa, a su disposición, siempre que se trate de reprimir hechos semejantes. El Ministro de la Guerra ha dado ya las órdenes competentes para que la acción de V. E. pueda ejercerse sin demora.

En la prosecución de los juicios será necesario hacer pesquisas, y tal vez prisiones numerosas. V. E. puede igualmente emplear la fuerza de línea para vigorizar la acción de la policía local.

Dejando así cumplido el encargo del señor Presidente de la República, tengo el honor de saludar a V. E. con toda consideración.—
Simón de Iriondo.

Al día siguiente y demás, imitando a *La Tribuna*, *La Nación*, *La Libertad*, *El Correo Español* y otros diarios impíos, y aun las mismas logias secretas, se apresuraron a sacudir de sus hombros el oprobioso sambenito, que pudiera denunciarlos a los ojos del público como autores, instigadores, o en alguna manera cómplices de los actos de salvajismo llevados a cabo por turbas ebrias, por muchedumbres fanatizadas y azuzadas por la prensa liberal, *La República* y *La Pampa* declararon con noble franqueza la culpabilidad de toda la prensa liberal en los escandalosos y criminales sucesos del 28, solo que queriendo buscar compañeros en la desgracia, adjudicaron su parte al señor Arzobispo, achacándole haber sido él el promotor de aquel tumulto con la famosa Pastoral.

Pero lo más estupendo, es la protesta publicada por el mismo Supremo Consejo de la masonería argentina, y es como sigue: «Para destruir los rumores que intencionalmente se han hecho circular de que la masonería había tenido parte en los disturbios del 28 de febrero, el Supremo Cons. . . en asamblea del lunes 8 del corriente acordó publicar en varios periódicos la siguiente declaración:

Habiéndose atribuido por personas ignorantes y fanáticas a la masonería regular argentina los excesos bárbaros, que turbas desenfrenadas perpetraron el 28 del mes pasado en el Palacio Arzobispal y Colegio del Salvador, el Presidente legítimo de la masonería regular argentina, ha recibido autorización especial de su consejo supremo para declarar:

1.º Que la masonería regular argentina es completamente ajena por su constitución a toda cuestión religiosa y política.

2.º Que su misión filantrópica y liberal no tiene más esfera de acción que la propaganda y la caridad.

3.º Que en consecuencia rechaza como calumniosa toda solidaridad en los sucesos criminales de que antes se ha hecho referencia, y que condena y excluye a aquellos de sus miembros que por un extravío deplorable se hubiesen asociado a escenas repugnantes, que la masonería y la moral reprueban.»

Además, el Senado de la Provincia sancionó el siguiente manifiesto del doctor don Miguel Navarro Viola, Presidente, con alguna pequeña modificación.

«El Senado de la Provincia de Buenos Aires.

Visto el incalificable atentado cometido el 28 de febrero, víspera del día en que después de tres meses de vacaciones debían volver al Colegio del Salvador, dirigido por Padres de la Compañía de Jesús, unos doscientos niños pertenecientes a familias distinguidas del país.

Que los que prepararon y dirigieron el asaltamiento, espionaron ese instante preciso para no permitir la enseñanza en el Establecimiento, violentando así con marcada insolencia la voluntad de esas doscientas familias indefensas con el acto de barbarie que coartaba la libre elección de la enseñanza de sus hijos, garantida por las constituciones de la Nación y de la Provincia.

Que fueron a la vez violados los sagrados derechos de seguridad y propiedad en las personas de unos 28 Jesuitas, y en el edificio que con donaciones de las familias de los niños y otras habían construido hacía siete años, y que por las constituciones y leyes del país les pertenecía en absoluta propiedad.

Que para que no quede duda del cinismo con que se hacía el ataque directo, no ya a los Jesuitas, que sólo sirvieron de pretexto, sino a la Religión Católica, basta recordar que los hechos brutales comenzaron por el Palacio Arzobispal, buscando en él al Venerable Jefe de la Iglesia, para asesinarle...

Que esa Religión que el pueblo por sus constituciones ha levantado en alto, ha sido escarnecida y vilipendiada el 28, hasta el procaz sacrilegio de arrojarse las hostias consagradas que se han encontrado en la calle, y que piadosas mujeres, exponiéndose a ser sacrificadas, han recogido y llevado a un sacerdote para que las consumiese.

Que los poderes públicos, en vista de tantos actos nefandos y bochornosos faltarían a sus más sagrados deberes, y aun a su propio decoro, si en guarda de la Constitución y de las leyes del país, no

procediesen respectivamente con la digna actitud e iniciativa que les competen, y que reclaman los criminales desastres causados por turbas colecticias asalariadas, formados casi en su totalidad de extranjeros, exhortados y conducidos por jefes condignos al asesinato, al incendio y al pillaje.

Que no puede tolerarse el ultraje a la Religión y a la civilización del país, amparados los salteadores con banderas y estandartes, y condecorado uno de sus principales jefes, venido con ellos de la Boca, con una banda; como queriendo imponer con todos esos signos al pueblo libre y extranjeros pacíficos, que tienen el derecho de no depender sino de Dios y de la Constitución del país:

El Senado de la Provincia declara:

1.º Que reprueba avergonzado e indignado todos los actos de vandalismo salvaje, cometidos el 28 de febrero.

2.º Que es su opinión en vista de lo poco que parece haberse hecho para prevenir y contener aquellos desmanes, y en el propósito de precaverlos en lo sucesivo, que el P. E. del que exclusivamente dependen los resortes de la administración práctica de la Provincia, dé a la brevedad posible, y después de recoger todos los datos del Departamento de Policía, un manifiesto que inspire al pueblo la confianza de no encontrarse desamparado por sus autoridades, y de que se emplearán oportuna y eficazmente los medios del poder oficial si bastan, o que se proyectarán nuevos, recabándolos inmediatamente de la Legislatura, en las sesiones extraordinarias en que se encuentra. A cuyo efecto el Presidente del Senado remitirá al P. E. una copia autorizada del presente manifiesto.

3.º Que es igualmente su opinión que una causa tan atroz como esta, la cual no sólo afecta derechos individuales, sino que asume el carácter y las proporciones de los grandes crímenes colectivos con tendencia marcada a la rebelión, como lo ha comprendido perfectamente el Exmo. Gobierno Nacional al declarar en estado de sitio la provincia, debe ser seguida con la mayor celeridad, aun por horas, durante día y noche, para que los instigadores y cabecillas espíen ejemplarmente su horrible atentado. En cuya consecuencia, otro ejemplar del presente manifiesto del Senado, será dirigido por el Presidente de esta Cámara al de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia.

En aquel mismo día presentaron varias personas honradas la siguiente manifestación, suscrita por millares de firmas a S. E. el señor Gobernador de la Provincia:

Exmo. Señor:

Las atrocidades y los escándalos que han afligido y avergonzado a esta ciudad hace dos días, por su naturaleza, por su plan y la rapidez de su ejecución, manifiestan la existencia de elementos sociales, perversos y organizados, que amenazan la vida y la propiedad del vecindario, la libertad y la civilización. Es deber y derecho de todos, Exmo. señor, precavernos contra el vandalismo, cuya primera irrupción acaba de conmover tan horribilmente a los habitantes de Buenos Aires, que no recobrarán la quietud, nacida de la libertad, garantizada por la ley, y necesaria para el desarrollo regular de las sociedades, antes que sean aplastadas rigurosa y eficazmente, esas fuerzas disciplinadas para el mal, que se descubren en medio de la sangre y del incendio.

Usando del derecho constitucional de petición y representación pacíficas ante los poderes públicos, los abajo firmados venimos en consecuencia ante el señor Gobernador, a trasmitirle las alarmas y el clamor del vecindario honrado; a pedirle por todos los medios directos, que la constitución y la crisis tremenda que atravesamos ponen en sus manos; obre enérgicamente para restablecer la paz y asegurar nuestra vida y la de nuestros hijos; a asociar nuestra voz y nuestra queja a la noble declaratoria de la Cámara de Diputados de la Provincia, y asegurarle, por fin, que somos eco de una opinión unánime que rodeará las autoridades con tanto mayor entusiasmo cuanto mayor severidad empleen para perseguir y castigar a los autores del ignominioso atentado del domingo.»—(Siguen las firmas.)—Buenos Aires, marzo 2 de 1875.

No menor indignación ni menos vivas protestas manifestaron las demás provincias de la República, entre ellas, las de Córdoba y Santa Fe principalmente.

Ante una manifestación tan pública y general de autoridades y particulares, aunque era evidente que no todas las protestas eran hijas de la sinceridad, se creyó entonces no sólo inútil, sino hasta contraproducente, una protesta del Rector del Colegio.

CAPÍTULO VII

DE LO QUE PASÓ DESPUÉS DEL 28 DE FEBRERO HASTA EL 5 DE ABRIL

Distribuidos, como se vió en el capítulo V, todos los Padres y Hermanos, en diferentes casas de familias amigas y afectas a nuestra Compañía, fueron visitados por la mayor parte de los alumnos

del Colegio y de las familias principales de la ciudad, que dándoles el pésame les aliviaban la pena con benévolas palabras y limosnas. En los primeros días era tanta la concurrencia de caballeros honrados y hasta de señoras principales, que les visitaban, que parecía haber jubileo en las casas de sus huéspedes bienhechores. No obstante los Superiores creyeron conveniente ir alejando del lugar de la catástrofe a algunos de los Padres y Hermanos, por cuanto no se veía tranquilidad en la población, y los mismos sacerdotes seculares se hallaban a cada paso expuestos a insultos de la gente baja, que alentada con la impunidad de la víspera, creían llegada la hora de acabar con todo lo que es Iglesia.

De modo que en pocos días fueron saliendo de Buenos Aires hasta diez y ocho o veinte de los nuestros, yendo unos a Santa Fe, otros a Córdoba y otros al Rosario y Montevideo. Esto excitaba las quejas de gran número de familias, y sobre todo de los que tenían sus hijos en el Colegio; pues todos se manifestaban empeñados en que no debíamos abandonar el campo a los enemigos de Dios y de su Iglesia, temiendo no sin razón que nuestra salida de Buenos Aires era darles la victoria y hacerles cantar el triunfo en su nefanda expedición. Por otra parte, con esto se envalentonarían más las sectas, que no detendrían aquí sus pasos, sino que se arrojarían también contra las demás órdenes religiosas y contra el clero secular, a quienes se había insultado no pocas veces en las calles por aquellos primeros días. Todo lo cual era mucho de temer entonces, porque en este sentido se había declamado furiosamente en la reunión de Variedades, donde fué aplaudida la proposición de exterminar desde el Arzobispo hasta el último sacristán.

Querían por lo tanto dichas familias que permaneciésemos en Buenos Aires, ofreciéndonos varias de ellas sus propias casas para empezar inmediatamente las clases, mientras tanto que se reedificase el Colegio. Todo esto no podía menos de servirnos de gran consuelo en medio de la tribulación, y sobre todo cuando veíamos todas estas demostraciones acompañadas del cariño y llanto de los alumnos, que nos asediaban todos los días preguntando de continuo cuándo abríamos las clases, y protestando muchos de ellos, que no irían a otros colegios que no fuesen de los Padres Jesuitas.

Así fué que inmediatamente se reunieron en casa del señor Arzobispo los principales y más distinguidos caballeros de la ciudad de treinta a cuarenta, donde determinaron unánimemente que se debía reedificar a todo trance el destruído Colegio; creyendo que esta era la

verdadera protesta, a que se tenían por obligados contra el vergonzoso crimen del 28 de febrero; pues, si no lo borraban así, sería una mancha eterna para Buenos Aires. Urgían por lo tanto nuestro consentimiento, para levantar inmediatamente la subscripción entre familias de Buenos Aires, prometiendo también contribuir de su parte el Gobierno Nacional.

A estas instancias el R. P. Superior Baltasar Homs, que, como se deja comprender, no veía la hora de embarcarse para Buenos Aires, a fin de consolar y dar ánimo a los nuestros y tomar las providencias del caso, se trasladó inmediatamente.

A los pocos días se empezaba ya a reparar el pedazo de edificio, que había quedado en pie, aunque muy maltratado; y el 5 de abril, poco más de un mes después del incendio se inauguraron las clases con alegría de todos los buenos, habiendo vuelto de sus destinos provisorios los Padres y Hermanos necesarios para el Colegio. No habiendo local para más, los alumnos están de medio-pensionistas, viniendo por la mañana y volviendo a sus casas por la tarde después de las clases. Los medio-pensionistas pasaron bien pronto de cien, fuera de unos cincuenta externos. También por falta de local algunos de los Padres y Hermanos tienen que ir a dormir en el Seminario, hasta tanto que haya aposentos suficientes para todos.

El 4 de abril se abrió la capilla pública, después de renovada y bendecida, acudiendo multitud de señoras a su ornato con sus limosnas y donativos.

Y aquí ponemos fin a esta historia, habiendo omitido, por no alargarla demasiado, muchos pormenores de lo que se ha hecho y está haciendo después del incendio. Baste decir que el Colegio se está reconstruyendo con los recursos de la subscripción, promovida por una comisión de caballeros decididos; aunque no camina la obra con la rapidez que sería de desear, parte por las ocupaciones y negocios de los señores de la Comisión, que no les permiten cuanto hacer quisieran, y parte por la crisis comercial y pecuniaria que atraviesa actualmente esta población.

Es muy cierto, sin embargo, que este paso de empezar inmediatamente la reparación del Colegio, y las clases, con la subscripción voluntaria para reedificar lo destruído, subscripción que los diarios a los pocos días hacían subir (aunque falsamente) a seis y ocho millones de reales junto con la indignación general que hemos dicho; es muy cierto, repetimos, que todo esto contuvo los avances de la impiedad, siendo verdad que la Compañía se puso *ut murus pro domo Dei*. Mien-

tras tanto el haber hecho lo contrario, cuando tantas familias distinguidas nos rogaban que prosiguiésemos firmes, y nos aseguraban que ahora estábamos más seguros que nunca, hubiera sido mostrarnos cobardes con desdoro del nombre de la Compañía. Fuera de esto, quedándonos a ciencia de todo el mundo y en medio de las mismas ruinas, hemos dado un mentís solemne a todas las calumnias antes propaladas; hemos protestado en favor de nuestra inocencia; y con el hecho de la subscripción pecuniaria de las primeras familias y del mismo Gobierno Nacional, hemos demostrado que nuestra existencia en el Colegio era y es legal y no furtiva, o contra las leyes de la Nación; y finalmente se ha visto que la persecución no venía del pueblo, sino de una chusma indigna que no merece llamarse pueblo. Todo lo cual no hubiera sucedido, si el miedo de nuevas persecuciones nos hubiese hecho salir.

Con todo, no podemos prometernos larga seguridad, sea porque nuestros enemigos no han de transigir con una corporación que tanto aborrecen, sea porque aquel entusiasmo primero de la población naturalmente se ha de enfriar y tal vez desaparecer del todo; a lo cual podemos agregar que todas las amenazas, prisiones y procesos entablados por la Justicia contra los autores y cómplices del atentado han parado en humo, puesto que el Juez ha dado por terminada la causa, mandando poner en libertad y sin cargo alguno a todos los presos, sin excluir a los miembros de la Internacional. De todo lo cual hemos de sacar por consecuencia, que nos es necesario estar siempre con el pie en el estribo, confiando solo en la Divina Providencia y en lo que dispongan los Superiores.

Buenos Aires, 20 de julio de 1875.

VALENTÍN FRANCOLÍ, S. J.